



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

1600 Pensylvania Avenue

Un hombre que se hace llamar «Puerto Rico» hace contacto de forma harto extraña con la periodista Brigitte Montfort. Puesto que conoce su relación con el Presidente de los Estados Unidos y su familia, quiere convencerla de que le lleve a una de las entrevistas amistosas al 1600 de Pennsylvania Avenue.



Lou Carrigan

1600 Pennsylvania Avenue

Brigitte en acción - 251

Archivo Secreto - 198

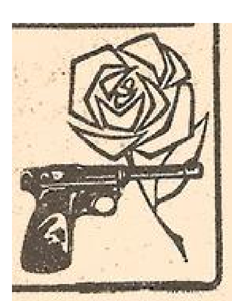
ePub r1.0

Titivillus 20-08-2019

Lou Carrigan, 1977
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Frank Minello, jefe de la Sección Deportiva del periódico neoyorquino *Morning News* y, por tanto, compañero en las labores periodísticas de la sin par Brigitte Montfort, dio otro par de grotescos y graciosísimos saltos en el centro del lujoso salón del apartamento de Brigitte, quedó finalmente sobre las rodillas y las manos, ladeó la cabeza, mirando con fidelidad canina a su querida amiga, y dijo:

—¡Guau, guau, guau…!

Brigitte Montfort suspiró. Naturalmente, estaba bellísima, como siempre: Vestida elegantemente de calle, sentada en el centro del sofá, con las piernas cruzadas, su imagen era como el más descabellado sueño de belleza femenina que pudiera tener un hombre. Sus negrísimos cabellos suavemente ondulados enmarcaban su rostro perfecto, contrastando con los grandiosos ojos azules, la boquita sonrosada, el tono color de oro y de sol de su cutis impecable…

—¿Miau? —dijo Minello—. ¡Miau, miau, miau…!

Brigitte Montfort, alias Baby, la secretísima y más eficaz espía que la CIA había tenido jamás a su servicio, movió negativamente la cabeza, y sus largos cabellos se agitaron al compás.

—Todavía estoy triste, Frankie —murmuró.

El gigantón Frankie frunció el ceño. Se puso en pie como correspondía al *homo sapiens*, esto es, sobre sus dos enormes pies, y se quedó mirando a la persona que más amaba en el mundo. ¿Brigitte estaba triste? ¡Pues él tenía que conseguir, fuese como fuere, suprimir esa tristeza! ¡O la hacía sonreír a ella, o se hacía el *harakiri*!

Subió sus manazas hacia el rostro; introdujo los migares en la boca, tirando de las comisuras hacia fuera, con las palmas hacia

arriba, y, con los dedos corazón, estiró los párpados, en intento de conferirles aspecto asiático. Acto seguido, bizqueando, se acercó a Brigitte, con pasitos menudos.

—¡Chinito está tliste y pleocupado por tlisteza de la leina de la belleza univelsal! ¡Chinito hacel leil a belleza, sí…! ¡Chinito lindo bailalá, ahola, pala señolita…! ¡Tilín, chin, chin, chin-chin, tilín…!

Hasta entonces, Brigitte había podido contener no ya la sonrisa, sino la risa que había sentido en su interior durante las anteriores actuaciones de Frankie. Éste había imitado a un indio fumando la pipa de la paz; a un pavo que, habiendo llegado el Día de Acción de Gracias, ve llegar a su amo y sabe que lo van a matar para celebrar tan importante fecha; a una chica de las que se dedican al *strip-tease*, a un boxeador miope que se enzarza en feroz pelea con un adversario diminuto, a un perro, a un gato… Lo del chinito ya fue demasiado.

Soltó la carcajada y, luego, se llevó las bellísimas manos al rostro, riendo.

—¡Oh, Dios mío, Frankie, qué tonto eres…!

—¡Chinito no sel tonto! —protestó Minello—. ¡Chinito sel listo y un glan actol que hace leíl a la señolita Bligitte Montfolt…! ¡Chinito sel un genio de la lisa!

La divina espía volvió a reír. Animadísimo por el éxito, Minello corrió a sentarse en el sofá, junto a ella, y la tomó de las manos.

—¡Chinito lecital ahola muchos y bonitos velsos de amol! ¡De amol muy, muy, muy chino! ¡Señolita bella escuchal velsos de mucho amol chino! ¡Señolita escucha!!:

Un chinito mandalín
que en la China vivía,
se enamoló, el muy pillín,
pol una noche y un día.
Fue a buscal a la chinita
que lo había enamolado,
se la llevó a su cabaña…
¡Y este cuento ha telminado!

—¿Cómo que ha terminado? —protestó Brigitte, por entre sus carcajadas—. ¡Pero si sólo ha hecho que comenzar!

—¡Clalo que no, bella señolita! ¿Pala qué contal más cosas si todos sabemos lo que los chinitos pillines les hacen a las chinitas? ¿O acaso la señolita piensa que esos ochocientos millones de chinitos han venido de Palis?

—Frankie —a Brigitte le dolía el vientre de tanto reír—: ¡Eres un sinvergüenza!

—¡Chinito no sinvelgüenza! Chinito sabel que en la China, ¡en toda la Glan China!, los chinitos y las chinitas hacel cada día muchos, muchos, ¡muchos chinitos! Se cuenta el caso de otlo mandalín que…

—¡Oh, no, por Dios! —suplicó Brigitte—. ¡Ya no podría soportar reír más, Frankie!

—Entonces —Minello tomó una mano de Brigitte—, ¿ya no estás triste?

—Ya no… ¡ya no, Frankie!

—Estupendo —sonrió el atractivo y atlético Minello—. Y ahora, dime por qué estabas triste.

—Estaba triste porque ha terminado la primavera y el verano, Frankie, y ahora tenemos por delante todo un otoño y un invierno.

—Terrible, en efecto —se hizo cargo Minello.

—¿Te imaginas, Frankie? ¡El otoño…! Es como la agonía de la vida. Caen las hojas muertas, los campos se tornan amarillos, los días son más cortos, el sol calienta menos, llega el frío, la nieve, la tristeza de los días oscuros y gélidos… Sé que todo lo que muere, volverá a vivir cuando llegue la primavera, pero mientras tanto… ¡qué tristeza la de esta muerte que va llegando! En cambio, con la primavera llega la vida, la luz, el calor del sol y del amor…

—Sobre todo para los chinitos.

—¿Y por qué no para los chinitos, Frankie?

—¡Zambomba, es que ya son muchos!

—¿Y qué? Todos tenemos derecho a reproducirnos.

—¿Sí? —aulló Minello—. ¡Bueno, pues podríamos…!

—Se hace tarde ya —rió Brigitte, mirando su relojito de pulsera —. Será mejor que vayamos al *Morning*, si no queremos que el buen Miky nos obsequie con una regañina. ¿De verdad tienes estropeado el coche?

—¡Claro! ¡Es lo que les pasa a todos los coches nuevos! El anterior era un cacharro más viejo que yo, pero funcionaba de

maravilla; era un viejo amigo que nunca me jugaba una mala pasada. En cambio, este otro, que me costó más de seis mil dólares, ¡ahí lo tienes, hecho un imbécil, averiándose!

—Bueno, bueno… De cuando en cuando debo corresponder a tus amabilidades, así que hoy iremos con mi coche. Puedes despedirte de Peggy mientras voy a por mi bolso.

Brigitte se puso en pie y se dirigió hacia el fondo del salón, mientras Minello, viéndola caminar, gritaba:

—¡Así se camina! ¡Viva tu gracia, y tu cuerpo, y tus…!

—Frankie —se volvió Brigitte—: ¡no seas vulgar!

—Iba a decir «tus lindos pies».

—¡Ah, bueno…!

Brigitte desapareció. Frankie fue a la cocina, donde la rubita Peggy, ama de llaves de la señorita Montfort, terminaba de ponerlo todo en orden tras la cena, a la que, como hacía con muchísima frecuencia, se había invitado Minello a sí mismo.

—Esta casa da gasto —exclamó Frankie—, ¡hay de todo! ¿Que a los visitantes les gustan las chicas de cabellos negros…? ¡Pues ahí tenemos a Brigitte! ¿Que les gustan las rubitas? ¡Pues aquí tenemos a la linda Peggy! ¡Toma pellizco!

—¡Ay! —dio un gritito Peggy—. ¡Frankie, quítame esas manazas de encima!

—Pero, mujer, si sólo ha sido un pellizco de amistad…

—¡Qué amistad ni qué nada…! ¡Tú eres un sinvergüenza, eso es todo!

—¡Zambomba, qué manía…! ¡Todo el mundo está empeñado en que yo soy un sinvergüenza! Oye, rubita —le dio una palmada en una cadera—: ¿tú sabes el verso de amor del mandarín chino que se enamoló…, digo, que se enamoró de una chinita?

—No… ¿Es bonito?

—¡Huyyyy…! —agitó una mano Minello—. Escucha, escucha con atención:

> Un chinito mandalín
> que en la China vivía…

Cuando Brigitte Montfort fue a la cocina, ya con su bolso, en busca de Frankie, éste contemplaba divertidísimo a Peggy que,

todavía más divertida, reía a mandíbula batiente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Frankie —sonrió Brigitte—, si prefieres quedarte con Peggy…

—No, porque como ni ella ni yo somos chinitos…

Peggy se quedó riendo sola en la cocina, mientras Brigitte y Minello, también riendo, se disponían a abandonar el apartamento. Poco después, tras descender los veintisiete pisos más el del sótano de estacionamiento del Crystal Building, los dos periodistas caminaban hacia el viejo «Cadillac» de la espía.

—¿Cuándo vas a desprenderte de esta antigualla? —preguntó Minello.

—Cualquier día de éstos. Lo he pensado muchas veces, pero me da pena. Ya sabes que yo soy muy fiel a todo, Frankie.

—Sobre todo, a ese tipo que vive como un gorila solitario en una villa de Malta, ya lo sé —gruñó Minello.

Brigitte parpadeó. La mención de Número Uno estuvo a punto de entristecerla de nuevo, al saberlo de nuevo solo en Villa Tartaruga.

—También soy fiel a mis amigos, ¿no? —murmuró.

—Demuéstramelo, dándome un beso.

La espía sonrió. Se habían detenido junto al coche, y Minello la miraba fijamente, anhelante. Le tomó el rostro entre sus manitas y le dio un suave beso en los labios. Minello puso los ojos en blanco y, seguramente, habría llevado su broma al extremo de dejarse caer de espaldas si Brigitte no lo hubiese sujetado por las solapas.

—¡Vamos, no seas tonto! —rió—. Sube al coche. Conduzco yo.

Se acomodaron en los asientos delanteros. Brigitte sacó del bolso las llaves, separó la del contacto, y la acercó a la ranura… Se detuvo en seco, y sus bellísimos ojos quedaron fijos en el papelito introducido en la ranura. Lo retiró de allí, lo alisó, y lo colocó de lado, de modo que le diesen las luces del estacionamiento. Pudo leerlo perfectamente:

> *«Señorita Montfort: no ponga en marcha el motor de su coche, pues saltaría en pedazos. Hay una bomba conectada al encendido.*
>
> *»Atentamente,*
>
> »Puerto Rico».

—¿Qué pasa? —preguntó Minello—. ¿Qué es ese papel?

—Nada importante, Frankie. Volvamos arriba.

—¿Volver arriba? Pero el ogro nos está esperando…

—No le hará daño esperar un poco más. Subamos. Cuando llegaron arriba, Peggy apareció por el fondo del pasillo, primero sobresaltada, y luego sorprendida al ver de nuevo a su señorita.

—¿Olvidó algo, señorita? —se interesó—. Yo se lo podría haber llevado al *Morning*…

Brigitte no contestó. Entró en el salón, directa hacia el teléfono, en el cual marcó un número, tras dejar sobre la mesita el bolso y el papelito con el mensaje.

—¿…?

—¡Hola, Simón! —musitó Brigitte—. ¿Está ahí tío Charlie?

—Que se ponga, por favor… ¡Oh, no es necesario! Dígale usted mismo que necesito un par de especialistas para que vean si en mi «Cadillac» hay una bomba conectada al encendido del motor. El coche está en el estacionamiento.

—¡Cálmese! Estoy bien, ¿no es así? Los espero.

Colgó el auricular, y miró a Minello y Peggy. El primero tenía el papelito en una mano, y Peggy, a su lado, lo había leído a la vez que él. Los dos estaban lívidos.

Brigitte Montfort, alias Baby, sonrió deliciosamente.

—No hay que preocuparse —dijo—: debe ser una broma, nada más.

Charles Alan Pitzer (tío Charlie para Brigitte), jefe del sector Nueva York de la CIA, y su ayudante, Simón-Floristería, se pusieron en pie cuando en el salón, acompañados por Minello, entraron los dos agentes de la CIA especialistas en explosivos… Uno de ellos llegó ante la mesita y depositó el «paquete» allí.

—No era ninguna broma —dijo—. Si Baby hubiese puesto en marcha el motor, habría explotado.

—¿Con cuánta potencia? —musitó Brigitte.

—No habríamos encontrado de usted ni los zapatos.

—¡Maldita sea mi estampa…! —jadeó Minello—. ¡Ya estamos otra vez igual, alguien quiere matarte…!

—No, Frankie. Si hubiesen querido matarme, ya estaría muerta. Sólo han querido asustarme…, o advertirme. Habrá que esperar.

Pitzer mostró el papelito que contenía el mensaje.

—Podemos buscar huellas en este papel —dijo—. Y en el coche, naturalmente quizá encontremos algo que pueda ayudarnos a localizar a este sujeto que se firma Puerto Rico.

—No encontrarán nada —sonrió secamente Brigitte—, pero no veo mal alguno en que lo intenten. Utilizaré el otro coche.

—Utilizará el otro coche… ¿para qué? —respingó Pitzer.

—Para ir al *Morning*. Usted estaba aquí cuando Miky Grogan llamó, amenazando con despedirnos a Frankie y a mí si no nos presentábamos a trabajar.

—¡Déjese de tonterías! —casi gritó Pitzer—. ¡Usted no va a ir a ninguna parte sin que nosotros la…!

—Tío Charlie —cortó amablemente Brigitte—: ¿todavía no ha aprendido que es del todo inútil discutir una decisión mía? Vámonos, Frankie. No ha pasado nada.

Se dirigió hacia la salida del salón. Minello vaciló y, luego, se acercó a Simón-Floristería, para susurrarle unas palabras cerca del oído. Simón asintió, se colocaron ambos de espalda, muy misteriosos, y la pistola con silenciador del agente de la CIA pasó a manos de Minello, que la guardó rápidamente, y dijo, con voz engolada:

—¡Ya voy, Brigitte!

Salió corriendo en pos de ella. La alcanzó en la puerta, que abrió con rápido gesto. Como quiera que Brigitte no salía, la miró, sorprendido. Ella le miró a los ojos, miró luego hacia su sobaco izquierdo, sonrió y dijo:

—¿Otra vez de guardaespaldas, Frankie?

—Bu… bueno… No, no, yo no… Es que… Bueno, verás…

Brigitte le volvió a besar brevemente en los labios y sonrió.

—En cuanto al otoño —dijo—, creo que no debí ponerme triste por su llegada: cierto que me priva del sol y de verdes hojas en los árboles…, pero no me priva de mis amigos. Y, Frankie, quien tiene buenos amigos vive siempre en primavera y verano.

Capítulo II

Dos días más tarde, hacia las nueve y media de la noche, Brigitte Montfort terminó de examinar la documentación que precisaba para el artículo del día siguiente en el *Morning News*. Comenzó a recoger todo al contenido de la carpeta, pero el empleado del archivo del periódico, que no la había perdido de vista, fascinado como siempre, echó a correr hacia allí.

—Yo lo guardaré todo, señorita Montfort, no se pre ocupe.

—Gracias, Spencer, pero no quisiera molest…

—¡Qué dice! —respingó el hombre—. ¡Usted no molesta nunca!

—Gracias de nuevo —Brigitte se puso en pie, recogiendo su bloc de notas—. Hasta otra, Spencer.

—Siempre a su disposición, señorita Montfort.

Era la ventaja de ser querida por todos. No importaba lo que fuese, la señorita Montfort sólo tenía que pedirlo y lo tenía inmediatamente. Y no porque tiempo atrás hubiese sido galardonada con el Premio Pulitzer de periodismo, lo que la convertía en una personalidad del periodismo mundial, sino porque era… como era: inteligente y amable, magnífica compañera siempre dispuesta a ayudar a quien la necesitase er cualquier forma…

Llegó al ascensor interior, se metió en la cabina y pulsó el botón del piso donde tenía su despacho privado, como jefe de la Sección Internacional. En pocos segundos, mientras echaba un vistazo a las notas que había tomado, el ascensor llegó a su destino; la doble puerta se abrió automáticamente, y Brigitte dio un paso para comenzar a salir de la cabina… Una mano gran de oscura, fuerte se posó en su hombro derecho y presionó sin brusquedades, de nuevo hacia el interior de la cabina. Brigitte alzó la mirada y vio el rostro del hombre muy cerca del suyo. Un velocísimo vistazo a derecha e izquierda le hizo darse cuenta perfecta de la situación: además del hombre que la empujaba sin brusquedad, había otro en el pasillo. Y

nadie más.

—Retroceda, por favor —dijo el que tenía la mano en su hombro.

Brigitte retrocedió, entraron los dos hombres, uno de ellos presionó el botón de la planta baja y las puertas se cerraron. El ascensor comenzó a bajar.

Para entonces, el hombre que la había empujado había sacado con la otra mano una navaja, cuyo resorte apretó, haciendo salir la aguda y afilada hoja, cuya punta colocó suavemente en la garganta de la espía más peligrosa del mundo. El otro hizo lo mismo. Brigitte permaneció inmóvil. El ascensor seguía bajando.

—O está muerta de miedo —dijo uno de los hombres—, o tiene una serenidad que para mí quisiera.

—O quizá —añadió el otro—, no se ha dado cuenta todavía de que vamos a matarla.

Brigitte permaneció inmóvil. Ni siquiera parpadeó… Lo que no sabían aquellos dos hombres era que si ellos estaban todavía vivos era, precisamente, debido a la serenidad y agilidad mental de la agente Baby. Cuando la mano del hombre se puso en su hombro, la espía podía haberla roto con una simple presión de la suya hacia abajo, fijando aquella peluda mano contra su hombro; y, acto seguido, un puntapié entre las ingles del otro lo habría tirado medio muerto al pasillo; y pasar de «medio muerto» a «muerto entero» sólo habría dependido de que Baby hubiese querido o no hundirle el cráneo con uno de sus escalofriantes *atemis* de judo…

—Yo diría que ya está muerta: ¡ni siquiera respira!

—¡Eso es el susto, hombre! Ya verás cómo reacciona si le pinchamos un poquito. Pero sólo queremos que reaccione un poco, señorita Montfort: si grita, todo terminará.

La espía más peligrosa del mundo seguía sin reaccionar en absoluto. Ni siquiera cuando la punta de una de las navajas se hundió un milímetro en su garganta y, tras el pinchazo, brotó una gotita de sangre.

—Pues no reacciona ni así… —se mosqueó el hombre.

—Aprieta más, hombre.

Brigitte desvió la mirada hacia el último que había hablado. Luego, volvió a mirar al que la había pinchado. Los grandes y bellísimos ojos se desplazaban sin sobresalto, sin terror, con toda

naturalidad. Simplemente, miraban… y fotografiaban, para siempre, aquellos rostros en la mente de Brigitte Montfort, alias Baby.

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron dejando visible el gran vestíbulo del edificio del *Morning News*. Había algunos empleados yendo de un lado a otro; en la puerta había dos compañeros de Brigitte, conversando; a la derecha, la recepción… Como aquél era el ascensor destinado exclusivamente a servicio interior, nadie estaba esperándolo, optando por utilizar los otros dos.

—Nos vamos, señorita Montfort —dijo el que la había pinchado —. Conserve esta actitud y nadie sufrirá daño alguno. Todo lo que tiene que hacer es pulsar el botón del piso donde está su despacho y subir allá. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¡Caramba! —exclamó el otro—. ¡Sabe hablar!

El que la había pinchado la estaba mirando fijamente, de un modo raro.

—No me gusta usted… —susurró—. No me gusta una mujer que no se asusta, ni siquiera cuando la pinchan con una navaja en el cuello. No me gusta nada, pero órdenes son órdenes. ¡Adiós, señorita Montfort! Y piense si le conviene armar jaleo: quizá algunos de sus compañeros del *Morning News* tuviese que lamentarlo. Piénselo bien.

Salieron los dos del ascensor y se dirigieron hacia la salida, volviendo por turno la cabeza para mirar a la señorita Montfort, que permanecía inmóvil en la cabina. Cuando los vio salir, pulsó el botón de su piso; las puertas se cerraron, y el ascensor emprendió la ascensión. Brigitte sacó un diminuto pañuelito, y se lo colocó sobre el pinchazo, restañando las tres o cuatro gotitas de sangre que se deslizaban lentísimamente por su garganta. Llegó a su piso, salió del ascensor, recorrió el pasillo y abrió la puerta de la Sección Internacional, donde todo era actividad. Mientras se dirigía hacia su despacho, «una jaula de cristal», como ella decía, iba devolviendo las sonrisas que recibía.

Uno de los empleados le hizo una seña, y se le acercó, presuroso, portando unas cuantas cuartillas mecanografiadas, que le entregó.

—Actualidad del Perú —dijo—: dime si está bien así, o te parece

oportuno hacer algún cambio.

—Lo examinaré ahora mismo, Lloyd.

—Bien… ¿Qué te pasa? —señaló el pañuelito.

—Me he manchado con la punta del bolígrafo al hacer un gesto tontísimo, mientras tomaba notas, abajo.

—Nada de lo que hagas tú puede ser tontísimo —rió Lloyd, guiñando un ojo.

Brigitte sonrió, y continuó hacia su despacho. Cerró la puerta de cristal, fue al pequeño botiquín, y sacó un rollo de esparadrapo; cortó un pedacito y, localizando exactamente la diminuta herida con el espejito de su polvera, la ocultó con el esparadrapo…

Justo a tiempo. La «jaula de cristal» tembló al abrir Minello la puerta de un tirón.

—¿Qué tal? —tronó su vozarrón—. ¿Todo bien, amor de mi vida?

Brigitte juntó los deditos índice y corazón, con el gesto del *okay*.

—Todo bien, Frankie. Es la tercera vez que vienes hoy por aquí. ¿Acaso no tienes trabajo en tu Sección?

—Claro que tengo trabajo —gruñó Minello—. Ese negrero quiere que todo lo haga yo.

—Pues hazlo. Y, por favor, Frankie, no vengas más por aquí. Los dos estamos muy ocupados, ¿no es cierto?

Frank Minello vaciló. Pero, realmente, ¿qué podía ocurrirle a Brigitte dentro del *Morning News*, donde todos la querían?

—Está bien —aceptó—. Pero te llevaré a casa hoy también, ya sabes. Y no me iré hasta que vea la luz en la terraza de tu apartamento.

—De acuerdo, Frankie, de acuerdo…

—¿Qué tienes en el cuello?

—¿Es el…? ¡Oh, sí…! —la divina sonrió maliciosamente—. Pues verás, me he encontrado en el ascensor a dos hombres que me han amenazado con sus navajas, y uno de ellos, para distraerse, me ha pinchado un poco, haciéndome sangre. Pero luego, lo han pensado mejor, seguramente opinando que yo era una preciosidad, y han decidido dejarme seguir viviendo.

—Muy graciosa… —masculló Minello—. ¡Muy graciosa!

¡Blom!, retembló toda la «jaula de cristal» al ser cerrada la puerta por el irritado Minello… ¡Como si la cosa estuviese para

bromitas! Ella podía tomarse el asunto como quisiera, pero, por su parte, él no pensaba abandonar ninguna de las medidas de seguridad.

Así pues, casi a las dos de la madrugada, desde la acera opuesta a la del Crystal Building, Frank Minello vio encenderse y apagarse dos veces la luz en la terraza del piso veintisiete, allá arriba… Aunque hubiese estado en las nubes, él habría sabido que aquélla era la luz de la terraza de Brigitte. Todo estaba bien.

Cruzó la Quinta Avenida, se metió en su coche ya reparado y partió hacia su apartamento.

Arriba, en el salón de su apartamento, Brigitte Montfort se sentó en el sofá, y encendió un cigarrillo. El juego la tenía inquieta por un solo motivo: ¿sabía Puerto Rico que ella, Brigitte Montfort, era la sacretísima agente Baby, cuya cabeza tenía un precio más que desorbitado para algunos servicios secretos, como los rusos y los chinos, por ejemplo…?

El timbrazo del teléfono no la sobresaltó en absoluto. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy yo.

—¿…?

—¿El hombre que me ha traído? ¡Oh! Es un compañero de trabajo, un pesado que siempre viene a buscarme para ir al Morning y luego me trae de nuevo a casa.

—¿…?

—Sí, por supuesto: me he dado perfecta cuenta de que han podido matarme dos veces, señor Puerto Rico.

—¿…?

Brigitte sonrió irónicamente; pero su voz sonó normal, muy tranquila, o, en todo caso, razonablemente inquieta, sin más.

—Estoy asustada, claro que sí. Pero también muy intrigada. ¿Puedo saber qué significa todo esto? ¿Nos conocemos, quizá? ¿Tiene usted algo contra mí?

—¿No? En ese caso, de verdad, no comprendo qué pretende usted.

—¿…?

—Claro que acepto. Estaré allí a la hora en punto.

—Señor Puerto Rico, es evidente que usted no desea realmente matarme, sino que intenta llegar a no sé qué clase de relación conmigo; como todavía no sé qué es lo que pretende, pero sí sé que entre sus proyecto no figura el de hacerme daño alguno, no tengo por qué avisar a la policía, ni tenderle ninguna clase de trampa. Le supongo enterado de que soy periodista, y no quisiera que una noticia que puede ser interesantísima la estropease la presencia de la policía… ¿Me he explicado bien?

—A las once en punto. Allí estaré.

Sentada en uno de los bancos de Central Park, a pleno sol de setiembre, que todavía quemaba considerablemente, la bellísima muchacha de largos cabellos negros y grandiosos ojos azules era la mismísima imagen de la placidez, del sosiego, del gusto por el sol. Seguramente era debido a este gusto por el sol que su piel tuviese aquel increíble tono dorado, suave, magnífico. Solamente había una cosa que pudiese competir en todo Central Park con la belleza de la señorita de los ojos azules, y ese algo era su natural elegancia, su porte, su actitud.

Estaba hojeando una revista, y, de cuando en cuando, alzaba aquellos ojazos, que dejaban más paralizados todavía a los paseantes de Central Park que se detenían contemplando con incredulidad las perfectísimas piernas, el erguido cuello delicado y esbelto, las aristocráticas manos…

Uno de los paseantes se atrevió a hacer lo que todos estaban deseando: se acercó a aquel banco, se sentó junto a la muchacha, y le dirigió la palabra. Nadie pudo oír lo que decían, pero era fácil comprender que la muchacha era muy educada y amable, porque sonrió y asintió con un gesto.

—Sí —dijo—, yo soy Brigitte Montfort, señor…, señor… ¿Cómo debo llamarlo?

El hombre sonrió levemente. Debía tener unos sesenta años, vestía con discreción, correctamente. Estatura mediana. Sus ademanes eran reposados. Rostro agradable, de rasgos firmes y serenos, ojos negrísimos, cabellos blanquísimos, cutis oscuro… Su ascendencia latina era, por demás, evidente.

—Ya sabe cómo debe llamarme —dijo—: Puerto Rico.

—Por el momento, me parece bien. Naturalmente, es usted quien ha dirigido esos dos intentos de asesinato.

—En efecto. Pero ya habrá comprendido que no quería matarla. Sólo quería que usted supiese que «podía» matarla en cualquier momento, si así lo deseaba.

—Me he dado perfecta cuenta de ello. Y eso… ¿por qué?

—Quiero pedirle algo a lo que quizá usted se negase. Si así fuese, el tercer intento no sería… una comedia. ¿Me comprende?

—Sí. ¿Qué quiere pedirme?

Puerto Rico parpadeó. Parecía entre sorprendido y aprobativo.

—Mis dos amigos que estuvieron anoche con usted, en el ascensor, ya me advirtieron que era una mujer… extraña, señorita Montfort. ¿De verdad no está asustada?

—Sólo un poco. No estoy acostumbrada a que quieran matarme, francamente. De todos modos, supongo que habrá una solución mejor que ésa. ¿Qué quiere pedirme?

—Imagino que usted se ha dado ya cuenta de que soy portorriqueño —murmuró el hombre.

—Desde luego.

—¿Tiene usted algún prejuicio contra los portorriqueños, señorita Montfort?

Brigitte sonrió de un modo encantador.

—Tengo el presentimiento de que, antes de elegirme a mí para que le ayude a lo que sea, usted me ha investigado digamos… adecuadamente, dentro de sus posibilidades de investigación, señor Puerto Rico. Por lo tanto, y aunque sólo fuese por mi clara postura en los artículos que escribo, usted debe saber ya perfectamente que no tengo prejuicios de ninguna clase contra los portorriqueños, ni contra nadie ni nada. Lo bueno es bueno y lo malo es malo, sea del color, raza o naturaleza que sea. Espero que esto disipe cualquier duda que usted pudiera tener sobre mi persona.

—Sí, gracias. Bien, una de las cosas que he sabido de usted es que tiene siempre libre acceso al 1600 de Pennsylvania Avenue, en Washington.

Brigitte quedó desconcertada un brevísimo instante, alzadas las cejas.

—¿Se refiere usted a la Casa Blanca?

—Sí, claro: 1600, Pennsylvania Avenue.

—Ya, ya… Bueno, sí, realmente, no suelo encontrar ninguna dificultad para entrar en la Casa Blanca. Pero hay otras muchas

personas que pueden visitar la Casa Blan…

—No, no, no. No me refiero a eso. Ya sé que, previa petición, muchas personas pueden visitar la Casa Blanca. Es decir, la parte de ella que está permitido visitar. Eso, incluso yo podría conseguirlo, quizá.

—¿Cuál es la parte de la Casa Blanca que usted quiere visitar, señor Puerto Rico?

—La privada.

—La parte privada también es muy grande —murmuró Brigitte, estudiando con mayor atención al portorriqueño—: empezando por el refugio antiatómico, los jardines, la Sala Verde…

—Yo llamo parte privada a aquélla en la que el presidente de Estados Unidos recibiría a alguien para, hablar de persona a persona. Tengo una idea, creo que bastante exacta, de lo que es y cómo es la Casa Blanca. He visto fotografías de todos sus salones, salas de conferencias, el despacho del presidente, el comedor de gala con la mesa dispuesta en forma de herradura, el Salón de los Acuerdos, el Salón de Recepción Diplomática… También he visto fotografías de la alcoba de Abraham Lincoln, del Salón Rojo con los retratos de los presidentes Truman, los de Roosevelt, Pierce, Wilson, del famoso cuadro de Wordsworth Thompson… Posiblemente, como le digo, quizá yo consiguiese ser admitido en la Casa Blanca con algún rebaño de turistas nacionales o extranjeros que se quedan estupefactos contemplando la primera casa del país. Pero no es eso lo que me interesa, ni lo que he querido decir al mencionar la parte privada.

—Dígame exactamente qué es lo que quiere.

—Usted es una persona influyente en Estados Unidos…

—¿Yo? —abrió mucho los ojos Brigitte—. Vamos, vamos, no diga tonterías, Puerto Rico. ¿De dónde ha obtenido esa información?

—Fuentes privadas. En resumen, tengo entendido que usted ha gozado siempre, ignoro por qué, de una gran estima personal y muy especial por parte de todos nuestros presidentes: Kennedy, Johnson, Nixon…, y lógicamente, ahora, de Gerald Ford. ¿Cierto?

—Sí.

—Hasta tal punto de que usted puede presentarse en la Casa Blanca, decir que va a ver al señor Ford, y ser admitida

inmediatamente, todo ello sin protocolos… Ni más ni menos que si en lugar de visitar al presidente de Estados Unidos visitase usted a un amigo cualquiera muy íntimo. ¿Cierto?

—Sí.

—Puede ir, por ejemplo, a tomar el té con la familia Ford, sin que ello revista ninguna importancia especial. Quiero decir que, simplemente, usted es amiga de la familia.

—Me está usted impacientando, señor. Puedo hacer todo eso, en efecto. ¿Y qué?

—Quiero que me lleve con usted. Como si yo fuese uno de sus más grandes amigos, a quien va a proporcionar el privilegio de ser presentado a la familia Ford.

—¿Con qué objeto?

—Quiero hablar en privado, en plan personal y amistoso, con el señor Ford, eso es todo.

—¿Sobre qué?

—Lo sabrá usted cuando escuche la conversación. Una conversación que le proporcionará una gran primicia periodística. Ya es usted famosa: aún lo será más.

—No me interesa.

—¿No le interesa ser más famosa?

—Eso es algo que me tiene sin cuidado. Lo que no me interesa es aceptar su proposición. Mientras no sepa qué quiere usted hablar con el señor Ford, no lo introduciré en la Casa Blanca. Y debo decirle, Puerto Rico, que tengo fama de ser muy terca.

Puerto Rico estuvo unos segundos mirándola amablemente. Por fin, señaló el diminuto trocito circular de esparadrapo color carne que Brigitte llevaba en la garganta.

—Parece que es usted muy olvidadiza, señorita Montfort.

—Por el contrario, señor; tengo una memoria auténticamente privilegiada. Lo que ocurre es que usted y sus amigos no me asustan.

—Al parecer, es usted realmente una mujer muy especial; José tenía razón. José es el del pinchazo —volvió a señalar la garganta de Brigitte, sonriendo—. No crea que José es un mal hombre, pero lo dejó muy descontento de sí mismo por no haber conseguido ni siquiera un gesto de miedo en usted. ¡Y ni un gemido, cuando la pinchó delicadamente! Sí, está muy descontento.

—Según entiendo, piensa usted concederle otra oportunidad de demostrar su hombría enviándolo contra mí.

—Ya le he dicho antes, que si no accede a mi petición, la mataremos, señorita Montfort. Aunque usted avise a la policía…

—Escúcheme bien: ni he avisado a la policía ni pienso hacerlo…

—¿No eran policías quienes retiraron la bomba de su coche?

—No. Eran unos amigos que habían estado en el ejército, precisamente destinados a esa especialidad, y los llamé. Les pedí que no dijeran nada, ni yo he comentado con nadie lo del pinchazo. Todo ello porque sabía que usted no quería matarme, en principio, sino entrar en contacto conmigo. He aceptado sus indicaciones, ¿no es así? Podría haber avisado a la policía de que usted me estaría esperando esta mañana, a las once, en Central Park, y ni siquiera se me ocurrió hacerlo…

—Ha sido mejor así, créame. Como comprenderá, no estoy solo y desamparado aquí, sino bien protegido. Si hubiese venido la policía, las cosas se habrían complicado mucho, entre ellos y unos amigos míos que están dando vueltas por aquí. Y, claro está, usted habría sido la primera en morir. Y todavía puede morir, aquí, ahora mismo, señorita Montfort. Sólo tengo que hacer una señal al marcharme, y al instante sería usted acribillada a balazos. De modo que… ¿por qué no reflexiona sobre su decisión?

—Dígame una cosa: ¿por qué me ha elegido a mí como introductora suya en la Casa Blanca?

—Sus referencias eran buenas. Y me pareció que una mujer sería más manejable que un hombre. Al parecer, me he equivocado.

—Completamente —asintió Brigitte—. Mi decisión no va a variar: a menos que me diga usted de qué quiere hablar con el señor Ford, no le introduciré en el 1600, Pennsylvania Avenue. Es todo.

Puerto Rico frunció el ceño y quedó pensativo durante casi un minuto. Sus dudas eran evidentes, pero, por fin, suspiró resignado.

—Una persona con su carácter, señorita Montfort, debe ser muy discreta, sin duda.

—Sin duda alguna.

—Bien… Tengo la certeza absoluta de que unos cuantos portorriqueños están preparando algo terrible aquí, en Nueva York. Están consiguiendo grandes cantidades de armas… Un momento: la supongo a usted al corriente de las dificultades que en la actualidad

existen con respecto a los portorriqueños, los cuales, hasta ahora, se han dedicado a pequeñas cosas, como poner bombas en establecimientos comerciales de norteamericanos residentes en Puerto Rico, y otras menudencias. Esto ha originado represalias, tanto por parte de las autoridades norteamericanas como por parte de grupos particulares de norteamericanos, que se han tomado la venganza por su mano. En definitiva, se está incubando un enfrentamiento entre norteamericanos y portorriqueños que puede degenerar fácilmente en tragedia. Como ya le he dicho, se está preparando algo terrible en Nueva York, por parte de los portorriqueños. Y también, en la isla, se está procediendo a un… agrupamiento clandestino de portorriqueños que, muy posiblemente, estén dispuestos a echar al mar a los norteamericanos… ¿Está al corriente de estos deseos de los portorriqueños?

—Más o menos. Pero quizá está usted exagerando.

—No. Las cosas están llegando a un punto en que tienen que solucionarse, de un modo u otro. Los portorriqueños, como los negros o los chicanos, no ven las cosas muy claras para ellos y su futuro, así que cabe la posibilidad de que se inicie un movimiento de liberación del Estado: los norteamericanos al mar, y Puerto Rico para los portorriqueños.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—¿Está usted hablando en serio?

—Por supuesto —asintió Puerto Rico—. No me pregunte como me he enterado de todo esto, ni de dónde salen las armas que los portorriqueños están recibiendo en grandes cantidades; no me pregunte quién dirige la inminente revolución; no me pregunte dónde están las armas y qué piensan hacer exactamente con ellas, porque no lo sé. No sé nada de eso. Pero, por medio del amigo de un amigo de un amigo, sé que se está preparando algo que puede ser terrible. De veras. Quiero que el presidente de Estados Unidos lo sepa, y quiero pedirle que estudie rápidamente el caso y le busque una solución digna para los portorriqueños antes de que éstos cometan una locura de la que todo el país, empezando por ellos mismos, se avergonzaría más adelante. Las reivindicaciones sangrientas no son de mi agrado.

—Tampoco del mío —murmuró Brigitte.

—Lo celebro. Y ahora, ya sabe de qué quiero hablar con el señor presidente.

—Puedo encargarme de llevarle su mensaje, y traerle a usted una respuesta.

—No… —negó con firmeza Puerto Rico—. Quiero hablar con él personalmente, cara a cara. Como es lógico, no llevaré armas ni nada que pueda producir inquietud a nadie. Mire, señorita Montfort, todo eso de matar no es precisamente lo mío. ¿Realmente cree que la habría matado? Claro que no… Pero tal como he ido desarrollando las cosas, usted habrá comprendido lo fácil que es matar a una persona, con una bomba, o en un ascensor… Ahora, imagínese que esa bomba fuese colocada en un vagón del metro, o en un cine, o que algunos hombres se dedicasen a ir apuñalando personas en los ascensores, o en lavabos públicos, o en callejones… Sólo he querido que usted, que por supuesto no está precisamente familiarizada con la violencia, comprendiese lo terrible que ésta puede ser. ¿Lo ha comprendido? ¿Está dispuesta a ayudarme a evitar una tragedia, tanto en el continente como en la isla?

—¿Cuándo quiere usted ver al presidente?

—Por lo que tengo entendido, podemos estar tranquilos todavía durante unos diez o doce días. A partir del duodécimo día, ya no respondo de lo que pueda pasar. Yo diría que cuanto antes hable con el señor Ford, mejor para todos.

—Lo llevaré allá.

—Gracias. ¿Cuándo?

—No lo sé. ¿Adónde puedo llamarlo para…?

—Yo la iré llamando a usted dos veces cada día. ¿Le parece bien?

—Sí. Pero no empiece a hacerlo hasta dentro de un par de días. Le diré por qué: si fuese yo sola a la Casa Blanca, sería recibida en el acto por el señor Ford, o por su esposa si él estaba ocupado, como es frecuente. Pero, si voy a llegar acompañada, tendré que… tocar ciertos resortes no sólo de seguridad, sino de cortesía. Espero que lo comprenda, Puerto Rico.

—Naturalmente.

—Bien —Brigitte abrió su bolso, sacó cigarrillos y el encendedor y quedó pensativa—. Entiendo que iremos usted y yo solos, y que, por supuesto, aceptará usted las medidas de seguridad para el señor

presidente que se estimen oportunas.

—Pero si voy con usted… ¿no es suficiente garantía?

—Francamente, no.

—Por el amor de Dios… ¿Le parezco yo el hombre que podría intentar cualquier clase de atentado contra el presidente?

—A mí, no. Y comprenda que todo sería más fácil si usted me dijese quién es, a fin de que el Servicio Secreto lo investigase.

—No… Eso, no. Prefiero lo otro: aceptaré lo que sea, pero no diré quién soy a nadie, salvo al señor Ford.

Brigitte asintió con un gesto.

—¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias.

Ella encendió uno, con su encendedor de platino con brillantitos. Lo guardó, quedó de nuevo pensativa, y acabó por asentir, como quien se pone de acuerdo consigo, mismo.

—¿Tenemos algo más que hablar, Puerto Rico?

—Por mi parte, no.

—De acuerdo, entonces. ¡Ah!; ¿tiene usted monedas sueltas, por favor? Tengo que hacer una llamada, precisamente desde un teléfono público.

—Comprendo —sonrió Puerto Rico, sacando un portamonedas—. ¿Empieza ya a trabajar para conseguir esa entrevista?

—Sí… Cámbieme un dólar, por favor.

Puerto Rico quedó atónito, con varias monedas en la mano, y mirando el billete de a dólar que le tendía Brigitte.

—Vamos, señorita Montfort, ¡qué tontería! Guárdese su…

—No, señor —ella tomó las monedas y le entregó el billete—. Un dólar es un dólar.

—Es usted en verdad muy, muy especial —murmuró el portorriqueño—. La verdad es que no creí que tuviese un carácter tan firme.

—¿Eso le disgusta?

—No. Por el contrario, me estoy felicitando por mi elección: tengo la certeza de haber encontrado la persona más adecuada para mis proyectos.

Baby Montfort sonrió amistosamente.

—No lo sabe usted bien, señor. Adiós.

Se puso en pie, y Puerto Rico la imitó.

—¡Adiós, señorita Montfort! —inclinó la cabeza.

Ella se alejó, y Puerto Rico la estuvo mirando hasta perderla de vista. Entonces, volvió a sentarse en el banco y se quedó tomando plácidamente el sol.

Diecisiete minutos más tarde, una mujer negra, gorda y con lentes, se sentaba en el mismo banco. Llevaba una cesta, de la cual sacó un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Desenvolvió un extremo, y miró a Puerto Rico, risueña, ofreciéndole el bocadillo.

—¿Usted gusta?

—No, gracias —sonrió Puerto Rico.

La negra gorda dio un enorme mordisco al bocadillo, y, mientras lo masticaba, dijo:

—Ha ido a un teléfono público, ha estado hablando un par de minutos, y luego ha entrado en el Crystal Building. Luis Aurelio dice que no ha notado en absoluto nada sospechoso alrededor, todo está normal.

Ni había mirado a Puerto Rico ni pareció que éste la hubiese oído. Siguió masticando. Puerto Rico miró su reloj de pulsera, y se puso en pie, mirando afablemente a la negra.

—¡Adiós!

—¡Adiós, adiós, señor…!

Cinco minutos más tarde, paseando tranquilamente, Puerto Rico abandonaba Central Park. Al parecer, no tenía por qué preocuparse: la señorita Montfort estaba jugando limpio.

Capítulo III

—... Lo primero que hizo fue meterse en el Metro —dijo Simón-Floristería, recién llegado al apartamento de la señorita Montfort—, y naturalmente, tal como estaba previsto, allí le perdimos. Se pasó más de una hora dando vueltas y vueltas, efectuando diversos transbordos, sin duda alguna. Por fin, salió a la superficie, en la primera parada del Bronx. Y debo decirle —sonrió Simón a Brigitte —, que habría sido imposible tenerlo controlado, por lo menos en cuanto a su posición, si no hubiese sido por el truco sugerido por usted del billete radiactivo...

—Ya lo utilizamos una vez, no hace mucho —sonrió también Brigitte.

—¿De qué cuantía era el billete impregnado de radiactividad que usted le entregó?

—Sólo de a dólar. No hay que despilfarrar.

—¡Je, je...! Bueno, pues salió a la superficie en la primera estación del Bronx. Nuestro compañero que estaba allá percibió la señal inmediatamente en el contador Geiger. A los pocos segundos, vio pasar muy cerca al hombre cuya descripción nos había facilitado usted a todos, por medio de la radio. El hombre estuvo caminando un par de manzanas. Luego, se metió en un coche y...

—¿Tomaron la matrícula? —interrumpió Brigitte.

—¡Claro! Bien, el tal Puerto Rico se metió en un coche, y siguió viajando. Fue seguido a trechos utilizando la señal radiactiva y a trechos visualmente, cambiando los nuestros el turno continuamente. Salió de Nueva York, y por fin, y...

Charles Alan Pitzer, que estaba sentado en el sofá del salón, junto a Brigitte, soltó un gruñido.

—Está bien —refunfuñó—, vamos a prescindir de detalles, por el momento. Díganos sólo si sabemos dónde está y quién es.

—Tío Charlie es un poco descortés —sonrió Brigitte—, pero

seguramente tiene razón, Simón. Al grano.

—Muy bien. Estuvo en una granja. Luego, se fue a su casa. La granja está cerca de Bedford, en el Estado, a Unas treinta millas de aquí; llegó allá, un hombre portorriqueño salió de la casa, estuvo hablando con él cinco o seis minutos, sin salir del coche, y regresó a Nueva York.

—Es evidente que en esa granja no hay teléfono —reflexionó Brigitte—. ¿Qué hizo el hombre que salió de la granja a hablar con Puerto Rico?

—A ese hombre le hemos bautizado con el nombre de Contacto. No hizo nada. Cuando Puerto Rico se fue, él volvió a entrar en la casa. Como es natural, tenemos estrechamente vigilada esa granja, y cualquier movimiento que haya en ella se nos notificará. En cuanto al domicilio de Puerto Rico en Nueva York, ocupa un apartamento en un edificio de tres pisos en Greenwich Village, exactamente en el 88 de Waverly Place, muy cerca de Washington Square Park. Todavía no sabemos su nombre, pero varios de los nuestros están trabajando la zona muy discretamente, y espero que muy pronto lo sabremos. También nos hemos ocupado del coche, por si no perteneciese a Puerto Rico tener más pistas. Y por supuesto, estamos ocupándonos también de la granja. Le he señalado la posición de ésta en un plano del Estado —Simón lo sacó de un bolsillo interior—. ¿Quiere verlo?

—Naturalmente.

El plano fue extendido sobre la mesita, y tras unas breves explicaciones por parte de Simón-Floristería, Brigitte y Pitzer quedaron enterados de la ubicación de la granja.

—Ha sido un buen trabajo, Simón —aprobó Brigitte.

—Bueno —sonrió éste—, cuando usted nos dirige, todos…

Se calló de pronto, miró a Pitzer, y se mordió los labios. Pitzer sonrió, como divertido.

—Dígalo, hombre: cuando ella les dirige todo va bien, y, en cambio, yo ya me estoy haciendo viejo para estas cosas. ¿No es eso?

—No exactamente, señor: usted también lo hace bien.

—Pero, en ocasiones, parece que el jefe del Sector sea Baby, no yo. Y no me duele. Todos saben que si no me he retirado ya, ha sido precisamente porque ella se niega a aceptar el mando.

—Lo que ocurre, señor, es que todos nos sentimos muy felices

cuando sabemos que estamos trabajando directamente para Baby. Estoy seguro de que lo comprende, señor.

—Claro que sí. Hasta yo me siento feliz. Y cómodo.

—Bueno, bueno —rechazó Brigitte la conversación sobre el tema—, vamos a dejar eso. Lo que nos interesa…

—Todavía queda otra cosa —interrumpió Simón—: una buena mujer negra y gorda la estuvo vigilando a usted hasta que entró en este edificio. Luego, fue al Central Park, se sentó a comer un bocadillo junto a Puerto Rico, y a los pocos minutos éste se fue.

—¿Y la negra gorda? —rió Brigitte.

—Pues estuvo allá, tomando el sol, casi hasta las dos de la tarde. Luego se fue caminando hasta Harlem. Vive allá. Se llama Martha Hicks, tiene cinco hijos y doce nietos. Trabaja en una lavandería de Harlem. Estamos investigándola más a fondo, así como a sus hijos, nueras…

—¡No, por Dios…! —exclamó Brigitte—. ¡No podemos movilizar tanto personal, Simón! Por el momento, dejen en paz a la negra gorda; seguramente, ha sido utilizada por Puerto Rico a cambio de unos pocos dólares. Más adelante, quizá nos ocupemos de ella.

—Como usted quiera. Pasaré la orden.

—Bien. Quien nos interesa es Puerto Rico, y su amigo de la granja al que llamamos Contacto. Mucho cuidado con esa granja: podría estar llena de armas. Tenga —le entregó el encendedor de platino y brillantitos—: dentro hay un par de fotografías de Puerto Rico. Revélelas, y cuando sepan su nombre, envíe a un Simón a la Central, en helicóptero, con esa información. Que lo busquen en los archivos nuestros, y que pidan informes al FBI, y al Departamento Central de la Policía… Quiero saber cuanto antes quién es y a qué se dedica ese suave y amable caballero, llamado Puerto Rico.

—Lo sabrá —aseguró Simón-Floristería.

Eran las cuatro menos diez minutos de la tarde. Simón abandonó el apartamento de Brigitte Montfort, dispuesto a continuar trabajando, sin aceptar el café que ella le ofreció. Pitzer sí lo aceptó, y Brigitte llamó a Peggy, que les sirvió a los dos, y se retiró.

—Lo que no comprendo —dijo Pitzer—, es que ese hombre se haya dirigido precisamente a usted, Brigitte.

—Al parecer —sonrió la divina— obtuvo buenos informes míos, tanto personales como profesionales. Alguien tenía que llevarle a la

Casa Blanca, y, para desgracia o suerte de Puerto Rico, yo fui la elegida. A mí, hay cosas que me preocupan más que ésta, tío Charlie.

—¿Por ejemplo?

Brigitte señaló el periódico que había sobre la mesita.

—Ayer, otra mujer intentó asesinar a nuestro presidente, el señor Ford, en San Francisco. Otra mujer… Ésta se llama Sara Moore, parece que tiene pretensiones artísticas, y ha estado trabajando con el FBI… cuando menos en el caso de Patricia Hearst. ¿Qué opina usted de esto?

—No lo sé. El personal de la costa del Pacífico se ha encargado del asunto.

—En poco tiempo, dos mujeres han querido asesinar al señor Ford. O, por lo menos, «ha parecido» que querían asesinarlo. Se diría que hay una fuerte tendencia a eliminar al señor Ford.

—¿Y usted cree que Puerto Rico puede pretender lo mismo?

—No lo sé.

—Reflexione —sonrió, secamente, Pitzer—. Si Puerto Rico es introducido por usted en la Casa Blanca, y mata al señor Ford de algún modo que no haya podido ser previsto, él también morirá, o, al menos, será detenido. Es imposible que saliese vivo de la Casa Blanca después de un atentado semejante. Y él tiene que saberlo. ¿Le pareció a usted que Puerto Rico es un hombre dispuesto a dar su propia vida para conseguir un objetivo como ése?

—Si —dijo en el acto Brigitte.

Pitzer palideció.

—¡En ese caso —exclamó—, de ninguna manera lo llevará usted a la Casa Blanca, supongo!

—No lo sé, tío Charlie, porque, por otra parte, los propósitos que Puerto Rico me ha confesado, me impulsan a llevarle sin vacilar al 1600 de Pennsylvania Avenue. Ya veremos.

Brigitte miró su relojito de pulsera eran las cuatro y tres minutos de la tarde.

A las siete menos cinco minutos llegó Frank Minello, sin llamar a la puerta. Entró utilizando su propia llave del apartamento de Brigitte. Pitzer tardó tres segundos más que Brigitte en oír sus pisadas, se sobresaltó y sacó la pistola…

—Es Frankie —sonrió Brigitte—. Nadie más que él pisa de ese

modo, tío Charlie.

La cabeza de Minello apareció por un lado del marco de la puerta, sonriente.

—¡Cu-cu! —cantó—. ¡Ha llegado el buen Fran…! ¡Maldita sea! ¿Qué hace aquí el viejo buitre calvo?

—Protegiéndome —dijo Brigitte, muy seria.

Minello quedó serio, también, en el acto. Sus ojos giraron en todas direcciones. Luego, se acercó a Pitzer, que había guardado la pistola y hacía lo posible por ignorar la presencia del periodista deportivo.

—Conque protegiéndola, ¿eh? ¡Pues se ha ganado un beso de amor fraterno! ¡Querido hermano…! ¡Chuik! —lo besó en la frente.

—¡Déjeme en paz, cretino! —masculló Pitzer.

Minello abrió la boca, dispuesto a seguir el juego… Y en aquel momento la radio que estaba dispuesta sobre la mesita emitió un zumbido de llamada. Brigitte fue la primera en reaccionar, admitiendo el contacto inmediatamente.

—¿Sí?

—Baby, soy Simón: Contacto ha salido de la granja. Se dirige a Nueva York, en coche. Va solo. Lo estamos siguiendo por el sistema de relevos.

—Bien. No hagan nada: sólo seguirlo. Quedo esperando más información.

Brigitte cerró la radio, y miró su relojito.

—Creo que podríamos cenar —dijo—. Luego, Frankie, vas a demostrarme que realmente me quieres…

—¡Lo juro! —Minello se tiró de rodillas delante de ella, y se llevó las manos al pecho—. ¡Lo juro mil veces! ¡Dime que cometa cualquier barbaridad por ti y lo haré!

—¿Lo harías? —rió Brigitte.

—¡Lo juro!

—¿Qué barbaridad, por ejemplo?

—Pues… podría agarrar por el pescuezo al viejo buitre —miró a Pitzer— y tirarlo por una ventana a la calle.

—¡Eso sería una auténtica barbaridad, en efecto! —volvió a reír Brigitte.

—Siempre tan gracioso —gruñó Pitzer.

—Aunque bien mirado —reflexionó Minello—, no sería ninguna

gran barbaridad, ya que como los buitres tienen alas, resulta que este buitre calvo se salvaría, así que…

—Hablemos en serio, Frankie. Mira, es seguro que me están vigilando, así que tienes que ayudarme. Cuando terminemos de cenar, te irás al *Morning*, solo. Cuando te pregunten por mí, dices que me siento un poco indispuesta, y que no iré hoy a trabajar. Eso es todo.

—¿Y te quedarás aquí, con Pitzer, a salvo?

—Esa es la idea, Frankie.

—Acepto.

A las ocho menos diez, Simón-Floristería volvió a llamar por la radio: Contacto había estado en un club de tenis, cerca de la ciudad, y allá se había entrevistado con dos individuos, que, al parecer, habían terminado un partido y se dirigían a los vestuarios desde la pista. Quizá hubiese sido casualidad que Contacto hubiese detenido su coche en la ruta de esos dos hombres, pero, ciertamente, ya no era casualidad que ambos hubiesen hablado con él durante apenas un minuto. Contacto había emprendido el regreso a la granja que, ya sin dudas, no disponía de teléfono Los dos hombres habían tardado el tiempo suficiente para ducharse, ponerse unos *chandals* y salir. En aquellos momentos estaban llegando a Nueva York…

—Sigan tras ellos y vean qué hacen, adonde van… Todo, Simón.

Brigitte cerró de nuevo el contacto, y miró a Minello.

—Creo que ya deberías marcharte, Frankie.

—Está bien. Mientras sigas trabajando de ese modo, no me voy a preocupar en absoluto. Vendré a ver qué tal están las cosas por aquí cuando salga del *Morning*.

—Estupendo. Te estaremos esperando con unas copas de champaña.

—Vale. Hasta luego. ¡Adiós, usted, buitre carroñero!

Segundos después, Brigitte oía la puerta del apartamento al ser cerrada de golpe. Se puso en pie, fue a asegurarse de que Minello se había marchado, y regresó al salón, desapareciendo por la puerta del fondo que comunicaba directamente con los dormitorios. Reapareció un minuto más tarde, portando su maletín rojo con florecillas azules.

—¿Están las llaves en el coche que me ha preparado, tío Charlie?

—Sí. A Minello no le gustará saber esto, Brigitte.

—No lo sabrá. Usted se va a quedar aquí, y si él llama, dígale lo que se le ocurra: que me he quedado dormida, que estoy en el cuarto de baño… Cualquier cosa. Al mismo tiempo, se queda como jefe y eje de toda la acción, que es lo que le corresponde, ¿no es así?

—Supongo que sí —mascullό Pitzer.

—Llame a Simón —señaló Brigitte la radio—, y dígale que yo le llamaré dentro de unos minutos, cuando haya abandonado el edificio, y que tendrá que ir informándome del lugar adonde se dirigen esos dos hombres. Y que no…

—… Que no hagan nada, ya sé. Si alguien ha de correr riesgos, ese alguien es usted, no esos hombres entrenados a conciencia por la CIA. ¡Pobres angelitos, ¿verdad?!

Brigitte se acercó a Pitzer, le besó en la frente, y salió del salón. Segundos después, abandonaba el apartamento. Bajó al estacionamiento en el ascensor…, y durante el trayecto, se operó la velocísima metamorfosis. Mirándose en el espejo del ascensor, se puso la peluca roja que sacó del maletín, y las lentillas de contacto de color verde. Cuando el ascensor se detuvo, ella terminaba de ponerse al revés el mismo vestido. Se colocó unos lentes de cristales redondos, cerró el maletín, y salió de la cabina. No había nadie en el estacionamiento; pero, si había alguien, no sería a la señorita Montfort a quien viese dirigirse a un coche que, por cierto, tampoco era propiedad de la señorita Montfort.

Poco después, la pelirroja de los lentes abandonaba el estacionamiento del Crystal Building, y aparecía en la Quinta Avenida. Dos minutos más tarde, del maletín sacaba la pequeña radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Sí. Bueno, en estos momentos estamos circulando por…

Capítulo IV

La pelirroja detuvo el coche, se apeó, y fue directa a otro coche estacionado un poco más arriba. Se metió en el asiento de atrás, junto a Simón-Floristería, sonriendo al otro agente de la CIA que, sentado ante el volante, había vuelto la cabeza, para mirarla a su vez sonriente.

—Hermosa noche de setiembre —dijo la pelirroja.

—Seguramente —dijo el Simón del volante— si estuviésemos en el campo veríamos las estrellas. En Nueva York, y a ras de tierra, sólo podemos suponer que existen.

—Le aseguro que existen —rió Brigitte—. Bien, entiendo que nuestros dos amiguitos no han salido todavía del edificio. ¿Cuál es?

Simón-Floristería señaló hacia delante, a la otra acera.

—Simón se ha dado una vuelta por el vestíbulo —señaló al otro con la barbilla—. En los buzones para correspondencia sólo hay una indicación de dos nombres masculinos juntos: James Dalton y Richard Gwen. Ocupan el apartamento 6 D. Suponemos que son ellos. Su coche —señaló de nuevo— es aquél.

—No son portorriqueños —murmuró la pelirroja.

—Desde luego que no.

—Sin embargo, están en tratos con Contacto, quien, a su vez, lo está con Puerto Rico… ¿Qué le sugiere esto, Simón?

—He estado reflexionando sobre ello —asintió Simón—. Yo pienso que si Puerto Rico tenía algo que decirles a estos dos hombres, no tenía por qué ir a la granja, hablar primero con Contacto y luego éste con esos dos hombres. Habría bastado que Puerto Rico llamase por teléfono a James Dalton y Richard Gwen a su apartamento.

—Exacto. Entonces, surgen dos posibilidades. Una, que el sujeto llamado Contacto esté haciendo un juego personal, que Puerto Rico desconoce. Dos: que Puerto Rico esté utilizando a Contacto para

entenderse con otros hombres porque él no quiere que puedan identificarlo en un momento dado.

—Así lo he pensado. Esto último me parece más probable: Puerto Rico no debe querer relacionarse con norteamericanos, pero los está utilizando.

—Es muy posible. Tendremos que asegurarnos de que esos dos hombres se llaman Dalton y Gwen, y entonces pediremos informes de ellos. Mientras tanto…

—¡Ahí salen! —exclamó el Simón sentado ante el volante.

Los tres se quedaron mirando hacia el portal, del cual salían dos hombres. Simón-Floristería musitó:

—Claro, han venido a cambiarse de ropa…

—Ustedes vayan tras ellos, utilizando de nuevo el sistema de relevos. Yo voy a echar un vistazo al apartamento 6 D. Los llamaré cuando termine.

Salió del coche y cruzó la calle. Los dos hombres habían entrado ya en su coche, que partió en seguida. Unos segundos después, partió el que ocupaban Simón-Floristería y el otro agente. La pelirroja caminó hacia el portal, entró, y localizó el buzón en el que constaban los nombres de James Dalton y Richard Gwen. Sí, el 6 D. Se metió en el ascensor y subió al sexto piso. Segundos después, estaba ante el apartamento 6 D. No había nadie en el pasillo.

La pelirroja sacó un juego de ganzúas del maletín, y tras una experta mirada a la cerradura, eligió una de las ganzúas planas, la introdujo…, y en menos de cinco segundos oía el chasquido del pestillo al ser desplazado. Entró, cerró, y tras unos segundos de espera encendió la luz.

Un apartamento amplio, confortable y discreto, ordenado, limpio, vulgar en fin. ¿Qué podía encontrar en él? Mejor dicho: ¿qué «debía» buscar?

Se acercó a la gran librería, y comenzó a abrir cajoncitos. En el primero encontró algunos paquetes de cigarrillos y una caja de cigarros puros, así como estuches de cerillas de las que suelen regalar en algunos clubs, con publicidad de los mismos. Mientras miraba estos estuches de cerillas, pensando que podían indicar muy bien los lugares a los que los dos hombres solían acudir, con la otra mano abría otro cajoncito, distraída, ahorrando tiempo. No menos distraída, echó un vistazo veloz al recién abierto cajoncito…

Inmediatamente, se olvidó de los estuches de cerillas; cerró esté cajón, y se quedó mirando el contenido del otro. Era un plano de la ciudad de Washington, doblado, que identificó en el acto. Lo sacó y lo desplegó. El plano era esquematizado, como esos que aparecen en las grandes enciclopedias, es decir, que mostraba solamente las vías más importantes de la ciudad, sin detallar otras calles o avenidas de menor importancia.

Pero, por supuesto, en el centro del plano estaba la indicación de la Casa Blanca, que cortaba Pennsylvania Avenue. Alrededor de la Casa Blanca se había trazado un círculo rojo.

La pelirroja parpadeó.

Un círculo rojo…

¿Por qué? ¿Qué significado tenía?

Estaba reflexionando sobre esto cuando su finísimo oído captó el zumbido de la pequeña radio que llevaba en el maletín. Dejó el plano, abrió el maletín que había dejado sobre un brazo de un sillón y sacó la radio.

—¿Sí? —susurró.

—¡Baby, han dado la vuelta, me parece que vuelven al apartamento! —sonó excitada la voz de Simón-Floristería.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Han hablado con alguien, o han tenido algún contratiempo…?

—No, no, no… ¡Simplemente han dado la vuelta, y están regresando! ¡Estamos ya muy cerca!

—Está bien. Tranquilícese, Simón.

—¡Será mejor que salga de ahí cuanto antes!

—De acuerdo, no se preocupe.

Cerró la radio, la guardó y fue a dejar el plano en el cajoncito, que cerró. Tomó el maletín y miró alrededor. ¿Salir de allí? ¿Por qué? Seguramente, los dos sujetos habían olvidado algo que habían recordado de pronto, y volvían a buscarlo; eso era todo…

Su mirada quedó fija en las cortinas que separaban el *living* del resto del apartamento. Vaciló unos segundos, pero, finalmente, fue hacia ellas, calculó que podía ocultarse detrás sin que se viesen sus zapatos ni se notase el bulto de su cuerpo, y tomó esta decisión.

Unos tres minutos más tarde, oía el chasquido del ascensor al detenerse en aquel piso. Poco después, el sonido del llavín en la cerradura. La sensación de cambio de ambiente que se produce

cuando se abre una puerta, el golpe de la madera, suave. Pasos. La voz masculina comenzó a oírse todavía fuera del *living*:

—Si nos estamos equivocando vamos a provocar la alarma, Dick. Y eso podría estropearlo todo.

—¡Te digo que no estoy equivocado! ¡Nos seguía un coche, estoy seguro! Así que vamos a llamarlo, y que busque una solución.

—Podíamos habérselo dicho al encontrarnos con él.

—¿Estás loco? A nosotros nos están vigilando, pero no a él. De nosotros ya saben que vivimos aquí, así que poco importa ya que volvamos. Pero a él hay que avisarlo, no delatarlo acudiendo a la cita. Y quizá se le ocurra el modo de que podamos burlar a los que nos vigilan. Vamos, llama.

La pelirroja oyó el sonido del auricular al ser descolgado. Luego, comenzó a oírse el disco, girando… En su memoria, como si fuese una auténtica computadora, comenzó a grabarse la llamada de tal modo que, más adelante, haciendo pruebas girando un disco telefónico, acabaría por encontrar el sonido exacto, y por tanto el número al que estaban llamando…

La cortina se apartó, de pronto, con fuerte tirón, dejando al descubierto completamente a la pelirroja, que respingó inconteniblemente. El hombre que había apartado la cortina de un manotazo mostraba en principio una ceñuda expresión de desconfianza. Al ver a la pelirroja, respingó también, sorprendidísimo al ver materializarse unas sospechas que ni él mismo había considerado creíbles.

—¡Dick! —exclamó ahogadamente—, llevando la mano derecha hacia el sobaco izquierdo.

El pequeño y aristocrático puño le alcanzó de lleno en el plexo solar, con un tremendo *atemi* que lo derribó de espaldas como si fuese un muñeco, rígido. Mientras tanto, se oyó el golpe del auricular al caer sobre la mesita de centro, y la exclamación del otro hombre, cuyos desorbitados ojos se fijaron en la pelirroja al mismo tiempo que llevaba la mano hacia su pistola.

La pelirroja giró un poco hacia la derecha tras adelantar un paso; luego, con fuerza, de nuevo hacia el frente, lanzando el maletín hacia Richard Gwen, que volvió a emitir una exclamación ahogada, y se inclinó para esquivar el impacto.

Lo consiguió.

Pero, mientras el maletín iba a golpear en la librería, la pelirroja había saltado tras él, de modo que, cuando Gwen se inclinaba, ella ya estaba en el aire. El choque se produjo cuando Gwen terminaba de sacar su pistola. La cabeza de la pelirroja chocó con la del hombre, y los lentes saltaron a un lado. Richard Gwen tuvo la impresión de que dentro de su cabeza explotaba una bolsa de papel hinchada previamente de aire, y cayó sentado, zumbándole los oídos, turbia por un instante la visión, pero alzando la mano armada con la pistola.

Recibió tal golpe en la muñeca, experimentó tal dolor en el hueso, que ahogó su propio grito. La pistola había saltado de su mano. Sacudió la cabeza, consiguiendo aclarar la visión. La pistola estaba en el suelo, muy cerca de él, y la agarró rápidamente… En aquel momento, delante de él, la pelirroja lanzaba la patada circular, y la punta del zapato dio en la sien izquierda de Gwen, con escalofriante chasquido, derribándolo de lado.

La pelirroja se acercó, se arrodilló a su lado y contempló, impresionada, los efectos de su *atemi*: Gwen tenía el rostro desencajado, la boca abierta, los ojos desorbitados, y respiraba emitiendo un entrecortado ronquido que estremecía su cuerpo; apretaba los puños, y las piernas se agitaban en convulso temblor… De pronto se relajó y quedó inmóvil, aún más abiertos los ojos, mientras comenzaba a brotar un poco de espuma de su boca.

—¡Dios…! —murmuró la pelirroja.

Colocó a Gwen boca arriba, y le puso una mano sobre el corazón: estaba parado. Sin vacilar, se colocó sobre él, una pierna a cada lado, y comenzó a presionar sobre la zona del corazón con ambas manos. Estuvo así ocho o diez segundos, y notó los lentos latidos. Volvió a practicar el rudo masaje exterior al corazón; un par de costillas crujieron, al ser rotas por la presión, pero no hizo el menor caso de tan insignificante detalle: si hay algo que sea fácil de curar, salvo imprevistas complicaciones, es una costilla rota.

Casi medio minuto más tarde, volvió a poner la palma de la mano sobre el corazón, que latía con regularidad, pero débilmente.

Oyó el gemido y se dispuso a continuar con el masaje…, pero una fracción de segundo más tarde comprendió que el gemido no había brotado de la boca de aquel hombre, sino del otro. Alzó la desorbitada mirada y vio a James Dalton incorporado sobre un

codo, apuntándola con una pistola con silenciador.

Plop, sonó el chasquido, mientras la pelirroja se echaba hacia un lado, sobre la pistola de Gwen. La asió frenéticamente, rodó por el suelo, y, al quedar boca abajo, se encaró con Dalton, que se disponía a disparar de nuevo.

La pelirroja fue más rápida.

Y más certera.

Plop, disparó. Y la bala dio en el centro de la frente de James Dalton, derribándolo de espaldas como si su cuerpo diese un latigazo. La cabeza chascó contra el suelo, y quedó inmóvil. Por aquél ya no se podría hacer nada…

Volvió a auscultar el corazón de Gwen, que seguía latiendo de aquel modo casi rítmico, pero débil. No podía hacer nada más por él; al contrario, si insistía podía provocarle un nuevo paro cardíaco.

Fue a recoger su maletín, y lo abrió. Echó la cabeza hacia atrás al percibir la intensísima vaharada de perfume; una de las botellitas se había roto; lástima de perfume francés.

Sacó la radio y llamó.

—¿Sí? —oyó la voz tensa de Simón-Floristería.

—Simón, venga al apartamento. Usted solo.

—¡¿Está usted bien?!

—Sí. Venga, deprisa.

Eran las nueve menos veinte de la noche.

A las diez y diez de la noche, el camión apareció en la carretera que, una milla más adelante, pasaba por delante de cierto club de tenis situado fuera de Nueva York, hacia el Norte, cerca del Hudson River. Al mismo tiempo, desde cerca del club de tenis, el coche de James Dalton y Richard Gwen, salía de entre unos pinos a la carretera, y comenzaba a rodar al encuentro del camión. En el asiento delantero del coche, tres hombres. Uno de ellos, James Dalton, muerto de un balazo en la frente; otro, Richard Gwen, en estado de coma; otro, un agente de la CIA al que bastaba llamar Simón y que era un experto en esas cuestiones, iba al volante.

No estaba preocupado en absoluto, porque sabía que él podía hacerlo bien. Todo había sido calculado matemáticamente, así que, cuando al poco de viajar por la carretera secundaria vio las luces altas del camión, hizo la señal con sus faros. Desde el camión recibió idéntica respuesta.

Redujo la velocidad. El camión iba por su derecha, y él conducía asimismo con toda legalidad, por su derecha. Finalmente, la distancia entre ambos fue inferior a los quince metros. Entonces, el experto de la CIA movió el volante hacia la izquierda; el coche pasó al otro lado, directo hacia el enorme camión de altísima cabina, contra la cual se estrelló, como un simple insecto…, mientras Simón, tras saltar del coche, rodaba por el arcén y se ponía rápidamente en pie.

Dos segundos más tarde, cuando todavía ningún automovilista ajeno al «accidente» había aparecido todavía, una sombra surgió junto al agente de la CIA.

—¿Está bien, Simón?

—Perfectamente —sonrió el espía.

—Entonces, marchémonos de aquí. Nosotros hemos terminado.

Eran casi las cinco de la madrugada cuando Simón-Floristería apareció una vez más en el apartamento de la señorita Montfort. Se dejó caer en un sillón, suspirando. Encendió un cigarrillo, mientras Pitzer, Brigitte y Minello, que era quien le había abierto la puerta, le contemplaban expectantes y pacientes.

—Todo está preparado —dijo Simón, expeliendo humo con gran placer—. Me refiero a lo del accidente; dentro de poco saldrán los periódicos a la calle, con las noticias que nos interesan. Mientras tanto, hemos ido obteniendo resultados por otros conductos.

—¿De qué accidente está hablando? —se interesó Minello, que había llegado poco después de la una y no sabía nada de nada.

—Luego te lo explicaré, Frankie —dijo Brigitte; y volvió a mirar a Simón—. ¿Cuáles son esos resultados?

—Bien… Puerto Rico se llama Lope Borrero, y, el coche que utilizó está a su nombre, sin ninguna complicación. En cuanto a sus actividades habituales son honestas y muy normales: es agente representante de una compañía exportadora de frutas de Puerto Rico. Nunca se ha metido en jaleos, no está fichado por ningún concepto. Vive solo, es amigo de todos, y las cosas le van razonablemente bien. En cuanto a la granja, está a nombre de un tal Lewis Cardell, que, hace poco, se fue a la costa del Pacífico, dejando la granja alquilada a un tal Andrés García, portorriqueño; yo creo que ese García es ni más ni menos que el hombre que nosotros llamamos Contacto. En cuanto a James Dalton y Richard Gwen,

también sabemos algo. Poca cosa: ambos estuvieron combatiendo en Vietnam, hasta que fueron heridos y, posteriormente, evacuados y licenciados…

—¿Estuvieron juntos?

—No. Al parecer, se han hecho amigos aquí, después de dejar Vietnam.

—También podría ser que ambos se hubiesen conocido por medio de otras personas que están reclutando ex combatientes, ¿no?

—En efecto.

—¿No tenían antecedentes delictivos?

—No.

—Bien. ¿Cómo están las cosas en el hospital de Tarrytown?

—Todo está montado perfectamente. El cadáver de James Dalton ha sido taponado convenientemente, y maquillado. Se le ha vendado una pierna, los dos brazos, y la cabeza, para que no se vea el orificio de la bala. Además, está en una tienda de oxígeno, y un enfermero, que por supuesto es uno de los nuestros, tiene orden de estar pendiente de él, día y noche. En cuanto Richard Gwen, todo es más natural, puesto que, realmente, está en coma, y no parece que tenga grandes posibilidades de salir de ella. Naturalmente, el hospital de Tarrytown está vigilado pulgada a pulgada, con la discreción que usted exigió. Ni que decir tiene que el apartamento de ambos está tal como usted lo encontró, nada ha sido tocado. Claro: está vigilado, igual que la granja.

—De acuerdo. Ahora sólo tenemos que esperar.

—¿Y si no pasa nada?

—Si no pasa nada que nos oriente, habrá llegado el momento de aclarar algunas cosas con nuestro amigo Puerto Rico. Pero yo tengo esperanzas de que algo ocurrirá. Anoche, Dalton y Gwen acudían a una cita con otro hombre…

—Lo que no comprendo todavía es por qué regresaron al apartamento, de pronto —frunció el ceño Simón.

Brigitte Montfort, alias Baby, se guardó muy bien de mortificar al simpático ayudante de Pitzer diciéndole que Gwen y Dalton se habían dado cuenta de que los seguían. Lo que dijo fue:

—Volvieron para telefonear, Simón, ya se lo dije.

—Pero habiendo tantos teléfonos por ahí…

—Es evidente que querían desarrollar una conversación

privadísima. En fin, yo les oí comentar algo de que los estaban esperando. Hablaban de «él». Es decir, de un hombre que los estaba esperando…

—¿Podría ser Puerto Rico?

—¡Claro que no! —rechazó la divina espía—. Es otra persona. Una persona que debió estar llamando luego por teléfono al apartamento de Gwen y Dalton, y que, al no recibir respuesta, ni llegar éstos al lugar de la cita, debió ponerse muy nervioso. Cabe suponer que ha pasado una noche inquieta, resistiendo la tentación de acercarse al apartamento de ellos o al club de tenis, para localizarlos.

—Evidentemente —refunfuñó Simón—, es muy cauto. Tenemos vigilado el apartamento y el club de tenis, pero nadie ha aparecido por allí preguntando por Dalton y Gwen.

—Ya aparecerá por alguna parte ese hombre —dijo con seco tono Brigitte—. Se está resistiendo todo lo que le permiten sus nervios, porque está asustado, desconfía… Pero cuando lea la noticia del accidente en los periódicos, se tranquilizará, lo considerará todo normal, y entonces… entonces algo tendrá que hacer, supongo.

—¿Y si no lee las noticias sobre el accidente?

—Las leerá —aseguró Baby Montfort—. Incluso es posible que esté esperando la aparición del primer periódico matutino para echarle un vistazo a la sección de accidentes. Es lo lógico.

—Apuesto a que lee el *Morning News* —dijo Minello.

—Eso lo convertiría en cliente nuestro —lo miró sonriente Brigitte—. Pero no importa cuál lea, Frankie. Lo que importa es que se interese por la sección de accidentes… Y estoy segura de que lo hará.

Capítulo V

Todavía no eran las ocho de la mañana cuando Foster Miles salió de su apartamento y bajó, en ascensor, al vestíbulo del edificio. En efecto, como cada día, allá estaba, seguramente desde hacía más de una hora, el ejemplar del *Morning News*, al cual estaba suscrito hacía años. Lo normal era que lo recogiese cuando salía a la calle, de pasada. Pero aquella mañana tenía un gran interés por el contenido del periódico. Y si no encontraba nada en el *Morning* saldría en busca de otros rotativos matutinos.

Mientras regresaba, en ascensor, a su piso, echó un vistazo a la primera página del *Morning*. Nada sorprendente: un artículo de política internacional que hacía referencia a la reunión en Viena de los grandes representantes de los países de la OPEP, que querían aumentar de nuevo el precio del petróleo; el artículo estaba firmado por Brigitte Montfort, su periodista preferida, así que más tarde leería el artículo, que continuaba en las páginas interiores. También se mencionaba el huracán *Eloísa*, que había arrasado Puerto Rico y la zona Sudeste del continente; los daños materiales se calculaban en unos ciento cincuenta millones de dólares… ¡Qué barbaridad!

Cuando entró en su apartamento, Foster Miles estaba buscando ya la sección de accidentes… Y efectivamente, allá estaba. Se quedó de pie en el vestíbulo, leyendo ávidamente la información sobre el accidente entre un camión que regresaba, cargado, a Nueva York desde la frontera canadiense en Niágara; había chocado con el turismo matrícula tal y marca cual, en el que viajaban dos hombres, llamados James Dalton y Richard Gwen; considerando el lado de la calzada en que había tenido lugar el accidente, el causante de éste había sido, sin duda alguna, el conductor del turismo, al invadir la ruta del camión; éste había sufrido escasos daños en la parte frontal, pero el turismo había quedado incrustado en la cabina. Los dos

ocupantes, muy malheridos, uno de ellos en estado de coma, habían sido trasladados urgentemente al hospital de Tarrytown en una ambulancia llamada por la Highway Patrol…

Foster Miles entró en el saloncito, tiró el periódico a un lado y se dirigió hacia el teléfono, en el cual marcó aquel número privado…

—¿…?

—Los he localizado —murmuró Miles—: sufrieron un accidente, anoche, y están en el hospital de Tarrytown, muy malheridos los dos. Uno está en coma.

—¿…?

—No lo sé. Los estuve esperando, ya se lo dije. Pero no sé nada, puesto que no acudieron, claro está. Tampoco me llamaron para avisarme de que se iban a retrasar.

—¿…?

—Pero, ¿cómo puedo saberlo? Tenían que hablar con ese portorriqueño en el club de tenis, pero no sé si lo hicieron o no. De todos modos, debemos suponer que sí. ¿Quiere que vaya yo a la granja para hablar con Andrés García?

—Bueno, dadas las circunstancias, algo tendremos que hacer. No podemos quedarnos sin saber qué consiguió Borrero al respecto. En cuanto a Brigitte Montfort, si bien anoche no salió de su apartamento, está claro que se quedó trabajando allí, pues esta mañana aparece un artículo suyo en el *Morning*.

—Sí… Sí, entiendo. Está bien. ¡Adiós!

Colgó. Tres minutos más tarde estaba en contacto telefónico con el hospital de Tarrytown, donde le informaron de que el estado de los señores Gwen y Dalton era estacionario, con la excepción esperanzadora de que el señor Dalton había recobrado el conocimiento de madrugada; en cuanto al señor Gwen, seguía en coma. ¡No, señor, por supuesto que no estaban en condiciones de recibir visitas, por el momento! Pero, si quería dejar su número de teléfono, le avisarían en cuanto hubiese algún cambio favorable…

Foster Miles colgó y, acto seguido, lanzó una maldición. ¡Precisamente en aquellos momentos!

A las once de la mañana, Miles volvía a llamar al hospital de Tarrytown, Y a las dos de la tarde. Y a las cuatro y media… Sin novedad. A las seis y media volvió a llamar. Escuchó la información, lanzó una exclamación de alegría y, tras colgar el

teléfono, salió disparado de su apartamento.

Casi a las siete y media, llegaba al hospital de Tarrytown, donde una enfermera lo condujo a la habitación 3 de la sala de urgencias. Dentro había un médico, joven y apuesto, que acudió rápidamente al encuentro de Miles.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? —gruñó, con sorda irritación.

Miles dirigió una mirada a Gwen, que yacía inmóvil en una cama, lívido como un muerto. En otra cama, cubierto por la transparente tienda de oxígeno, vio a Dalton; es decir, debía ser Dalton, claro, pero estaba tan profusamente vendado…

—He estado llamando todo el día —dijo Miles— y finalmente, me dijeron que quizá podría hablar con el señor Dalton.

—¿Quién le dijo eso? —se irritó, aún más el médico.

—Pues en información, naturalmente…

—Mire, señor… señor…

—Miles.

—Bien, señor Miles: es cierto que el señor Dalton ha recobrado el conocimiento un par de veces en menos de una hora, pero todavía no debemos concebir grandes esperanzas. Y, desde luego, no le permitiré a usted…, ni a nadie, claro está, hablar con él.

—Pero me dijeron…

—¡No me importa lo que le dijeron! —casi gritó el médico; luego, se mordió los labios y habló en susurros—: Perdone… Mire, no está en condiciones de hablar, eso es todo. Quienquiera que le haya dicho lo contrario, se ha pasado de listo.

—Está bien. ¿Cuándo cree que podré hablar con él?

—Lo ignoro. Dentro de un par de días, quizá, si hay suerte. Le sugiero que no se moleste en llamar hasta entonces.

Foster Miles volvió a mirar a Dalton y Gwen, asintió con la cabeza, murmuró un «gracias», y abandonó la habitación. Segundos después, salía de la sala de urgencias…, mientras dentro de la habitación 3, el «médico» hablaba por la pequeña radio de bolsillo.

—Ya sale —dijo—. Su nombre es Miles.

Desde el hospital de Tarrytown, Miles se dirigió, ya sin más vacilaciones, hacia cierta granja cercana a Bedford. Para entonces era ya casi de noche, pero no menos de tres prismáticos seguían todos los movimientos de Foster Miles, a buena distancia. Se le vio llamar a la puerta del edificio vivienda de la granja, entrar, y salir

dos minutos más tarde para emprender el regreso hacia Nueva York. Una vez en ésta, cenó en un *snack* un par de bocadillos y cerveza…, después de llamar por teléfono en el mismo *snack*. Llamada que, evidentemente, sirvió para que se tranquilizase por completo.

Tan completamente tranquilo se sentía ya Foster Miles, que, después de la veloz cena, aparecía muy satisfecho. Tan satisfecho que, bien claro estuvo, decidió divertirse un rato; para lo cual se dirigió, ya cerca de las diez de la noche, al Green Moon Club, en la calle 42.

Ocupó una mesa cerca del pequeño escenario y pidió, ni más ni menos, que champaña. Al parecer, todas las preocupaciones de Foster Miles habían terminado.

Pero, ya se sabe: el triste sino del ser humano es padecer. Cuando unas preocupaciones o dificultades terminan, empiezan otras.

A veces, son simples contrariedades. Por ejemplo, no deja de ser una simple contrariedad que cuando uno está encendiendo un aromático veguero de Virginia, reciba un golpecito en la espalda que le obligue a acercar la nariz a la llama de la cerilla que poco antes ha arrancado del estuche con la publicidad del club en que se halla.

Y eso fue lo que le ocurrió a Foster Miles. Un tanto molesto, se volvió para mirar, con el ceño fruncido, a la persona que le había propinado el golpecito.

—Perdón —sonrió ella, encantadoramente.

A Foster Miles estuvo a punto de caérsele el veguero de entre los dedos. ¿Estaba soñando… o, realmente, existía una rubia como aquélla?

—No tiene importancia —murmuró.

La rubia le agradeció su comprensión con una nueva sonrisa. Luego, guiada por un camarero, fue a ocupar una mesita, cercana a la de Miles. Se sentó y, por sus gestos, Miles comprendió que, de momento, no pedía nada, que prefería esperar a otra persona. El camarero se retiró, y Miles vio a la rubia mirar su relojito y fruncir el ceño. Comprendió que ella había esperado encontrar ya allí a la otra persona. Un hombre, claro. Un estúpido, sin la menor duda. Sólo un estúpido consentiría que una muchacha como aquélla

circulase sin su compañía: se exponía a perderla de mil modos diferentes…

La rubia se había dado cuenta de que él lo estaba mirando. Miles sonrió levemente, y ella le correspondió, muy cortés. Luego, encendió un cigarrillo. Cuando estaba a la mitad, volvió a mirar su relojito. Estaba impacientándose y, o Miles comprendía muy poco a las mujeres, o aquélla estaba incluso enfadándose por la tardanza de su acompañante.

Muy enfadada. Cuando terminó el cigarrillo volvió a mirar su relojito. Vaciló, pareció calmarse un poco y dedicó su atención a la anodina atracción que había en el pequeño escenario. La atracción terminó. La espléndida rubia volvió a mirar su reloj. Luego, hizo lo que Miles estaba deseando que hiciese: se puso en pie, con gesto un tanto avinagrado, y se dirigió hacia la salida. Ya no estaba dispuesta a esperar más.

Inevitablemente, tenía que pasar junto a Miles. Cuando estuvo junto a él, Miles se levantó, sonriente.

—Parece que a los dos nos han dado plantón —dijo.

La rubia lo miró, parpadeando mucho. Luego, asintió con un gesto y se dispuso a continuar su camino.

—Espere… —murmuró Miles—. Puesto que los dos hemos quedado abandonados, quizá podríamos resarcirnos de algún modo. ¿Me aceptaría una copa de champaña?

La rubia lo miró con renovada atención, especulativamente.

—No sé qué estará usted pensando —dijo—, pero no acostumbro a beber con desconocidos, señor.

—Me llamo Miles…, Foster Miles. Creo que con esto ya no soy un desconocido para usted.

Por un momento pareció que la rubia fuese a enviarlo al diablo. De pronto, sonrió dulcemente.

—Yo me llamo Lili.

—Bonito nombre. ¿Me acepta el champaña?

—Mire… Yo creo que ya es muy tarde para tomar champaña en un lugar como éste. No se lo tome a mal, pero estoy harta de perder el tiempo.

—Bueno —asintió plácidamente Miles—, no tengo la menor duda de que existen mejores lugares que éste para tomar una copa. ¿Se le ocurre alguno?

—Tengo un apartamento no muy lejos de aquí —sonrió ella maliciosamente—. Y usted me parece un caballero, señor Miles.

—No le quepa la menor duda de que lo soy. Si le gusta el champaña, puedo conseguir aquí mismo una botella, y nada me complacería tanto como bebería en su compañía.

—Le espero afuera —musitó ella, con una mirada que transportó a Miles al vigésimo cielo.

Se dirigió hacia la salida. Miles pagó su cuenta y adquirió una botella para llevarse. No importaba el precio: la rubia valía aquello y mucho, muchísimo más… Ella le estaba esperando en la calle, en efecto. Miles se acercó, la tomó del brazo y señaló hacia donde había dejado su coche.

Quince minutos más tarde, lo detenía delante de un edificio de seis o siete pisos. Lo dejó estacionado y siguió a la rubia hasta el ascensor. El edificio no era precisamente elegante, cosa que sorprendió a Miles, pues la rubia tenía auténtica categoría. Se detuvieron en el cuarto piso. Ella abrió la puerta, encendió la luz y señaló el interior. Entraron los dos, ella cerró y sonrió de un modo absolutamente fascinante.

—Sería mejor que pusiera la botella en el refrigerador unos minutos: me gusta muy frío. Pasa y ponte cómodo. ¿Te gusta la música?

—Claro que sí.

Entraron en el saloncito. Ella dejó la botella sobre una mesita, y Miles se le acercó por detrás, le rodeó los pechos con ambos brazos y la apretó contra él, de espaldas.

—Esta va a ser mi noche de suerte —susurró, acercando sus labios a la nuca de la rubia.

Lo dicho: cuando unas preocupaciones terminan, otras empiezan. Las preocupaciones de Miles comenzaron cuando, ya a punto de besar la nuca de la rubia, recibió un tremendo pisotón en el pie derecho. Lanzó una exclamación, deshizo su abrazo que abarcaba los pechos de la rubia…, y recibió un codazo en pleno hígado. Se encogió, inclinándose, y entonces recibió otro codazo en la barbilla. Retrocedió, tambaleándose, y acabó cayendo sentado en un sillón. La rubia se acercó a él, cerró a medias la mano y le golpeó con los nudillos en el centro del pecho.

Foster Miles alzó los desorbitados ojos hacia el techo, su boca se

abrió con gesto crispado y, acto seguido, su cabeza cayó sobre el pecho y los brazos le quedaron colgando. Quedó igual que un muñequito, olvidado momentáneamente de todos los graves problemas de este cochino mundo.

—Ya está —dijo la rubia.

Fue adonde había dejado la botella, se sentó y comenzó a descorcharla…, mientras tres hombres aparecían en el saloncito, procedentes de los dormitorios. Uno de ellos era Pitzer, • que se quedó mirando a Miles; otro era Simón-Floristería, que fue hacia el aparador y sacó cuatro copas; otro era un sujeto menudo, adornado su rostro por una pequeña barbita, agrandados sus miopes ojos por los lentes de aumento. Fue éste quien tomó el pulso a Miles y, acto seguido, asintió con la cabeza.

—Adecuado —dijo.

Abrió su negro maletín y comenzó a sacar cosas. Entre ellas, una jeringuilla y una larga aguja de inyectable.

—¿Está frío? —preguntó Simón.

—Aceptable —dijo la rubia, que había descorchado ya la botella.

Se dedicó a servir en las cuatro copas. Mientras tanto, el menudo hombrecillo miope inyectó a Miles una dosis de un líquido transparente, en la vena del codo izquierdo, cara interna. Lo recogió todo, tomó una de las copas y dijo:

—Pues sí que parece bastante fresco.

La rubia llamada Lili sonrió, bebió un sorbito y miró interrogante a Charles Alan Pitzer, que parecía muy pensativo.

—¿No le gusta el champaña, tío Charlie?

Pitzer miró al hombre desvanecido.

—¿Está segura de que se hallaba solo?

—¡Claro! Bebamos tranquilamente, hasta que el doctor nos diga que podemos empezar.

El hombre de la barbita terminó su copa con evidente placer. Movió la cabeza y comentó:

—Siempre tendría que ser así. Usted sí que sabe hacer las cosas, Baby.

—Hace muchos años que llegué a la conclusión de que, ya que trabajamos, debemos hacerlo del modo más cómodo y placentero posible. ¿Qué nos dice de nuestro paciente? ¿Podemos ponerlo ya en órbita o debemos esperar más?

—Todavía unos minutos. No se preocupe: yo se lo dejaré muy bien preparado cuando sea el momento.

El momento llegó cuando la botella de champaña había sido vaciada entre los cuatro. Miles fue colocado en el sofá, boca arriba. Tenía los ojos abiertos y miraba al techo como alelado. La rubia se colocó junto a él y dijo muy cariñosa:

—¡Hola, Foster; querido!

—¡Hola…! —musitó Miles—. ¡Hola, hola, hola…!

—Ya veo que no me recuerdas —rió ella—. Me parece que has bebido demasiado. Llegué hace un rato para pedirte noticias de Dalton y Gwen, ¿recuerdas?

—Sí… —afirmó Miles, convencidísimo—. Claro que lo recuerdo, sí, perfectamente.

—Bien. ¿Qué me dices de ellos? De Gwen y Dalton, querido.

—Están muy mal —aseguró Miles—. Dalton parecía muerto, y Gwen también. Seguramente se morirá, porque está en coma.

—Lamentable. Pero supongo que has puesto remedio a la situación, ¿verdad?

—Claro.

—Dime, cariño —la rubia acarició las mejillas de Miles—: ¿qué has hecho? ¿Cómo has solucionado el contratiempo?

—Como me dijo el jefe, claro que sí… Fui a la granja, a ver a Andrés García, el portorriqueño… Sí, le vi allí, estuve hablando con él. No me gusta ese hombre, pero…

—Pero nos resulta útil, ¿verdad?

—Sí… Sí, sí.

—Eso es. ¿Qué le dijiste a Andrés García?

—Pues eso… Bueno, le pregunté qué había dicho Brigitte. Montfort a la proposición de Borrero…, la proposición de Borrero…, la propos…

—No te distraigas, por favor, querido. Le preguntaste a García: ¿qué dijo él?

—Que sí…

—Que sí… ¿qué?

—Que Brigitte Montfort había aceptado. Llevará a Lope Borrero a la Casa Blanca…

—¿Cuándo?

—Cuándo… cuándo… cuándo…

—¿Cuándo, Miles?

—Si… Borrero le dijo a García que, dentro de dos días, tenía que llamar a la Montfort… Borrero fue al club de tenis, tal como se había convenido, y se lo dijo a James y Dick…, pero ellos no acudieron a la cita conmigo al Green Moon, porque… porque…

—Porque tuvieron un accidente. Los dos están muy mal. Y como ellos no acudieron a la cita, tú te preocupaste. Finalmente, los localizaste, pero cuando fuiste allá, no pudiste hablar con ellos; entonces, tal como te había ordenado el jefe, fuiste a ver tú mismo a Andrés García, Y éste te dijo que la Montfort había aceptado. Luego, ya de regreso en Nueva York, tú llamaste al jefe, y se lo dijiste. ¿Fue así, Foster?

—Exacta… exactamente… ¡Exactamente!

—Bueno, todo va bien, puesto que la Montfort ha aceptado. ¿No es así, Foster?

—Claro… Sí, todo va bien… Todo va bien, todo va muy bien, eso es…

—Magnífico. Así pues, dentro de un par de días, seguramente, Brigitte Montfort partirá con Lope Borrero hacia la Casa Blanca. El presidente Ford los recibirá. ¿Qué pasará entonces?

—Je, je… ¡Je, je, je…! ¡Je, je!

Charles Alan Pitzer se pasó un pañuelo por la sudorosa frente. Simón-Floristería estaba pálido, eso era todo. El hombre de la barbita contemplaba con curiosidad científica los efectos del suero sobre aquel desdichado.

—¡Je, je…! —rió, también, la rubia—. ¡Será formidable, Foster! ¿Verdad?

—¡Je, je, je…! Sí, formi… formi…

—Formidable. Pero, dime, ¿estás seguro de que sabes lo que pasará cuando Lope Borrero esté ante el señor Ford?

—¡Claro! ¡Qué tontería…! ¡Claro que lo sé!

La rubia Lili se pasó una mano por la frente que, como la de Pitzer, relucía debido al sudor.

—Claro que lo sabes, querido —asintió—. Pero no podemos dejar nada al azar. Veamos: explícame lo que ocurrirá. Te lo digo porque quizá todavía podamos mejorar algo el asunto. ¿Te parece posible?

—No… No, no. Todo está bien, es perfecto…

—Pero explícamelo: tenemos que estar bien seguros.

—Sí… Bueno, pues Lope Borrero hará lo convenido…

—¿Y qué es lo convenido?

Foster Miles estuvo silencioso casi medio minuto, con la mirada como traspasando el techo, al cual miraba fijamente. La rubia miró al de la barbita, que movió negativamente la cabeza y le hizo un gesto de paciencia. El silencio era total.

—Lo… convenido… Lope lo hará… Él lo hará…

—¿Qué es lo que hará?

—Pues…, amenazará al presidente con su pluma estilográfica… Ya sabes, la pluma estilográfica cargada con veneno…

El hombre de la barbita y los tres empleados de la CIA cambiaron una velocísima mirada de sobresalto.

—La pluma estilográfica con veneno —asintió, plácidamente, la rubia—. Sí, ya sabemos eso. ¿Qué más?

—Bueno, pues Lope Borrero amenazará a Ford y le dirá… le dirá que si no quiere morir, tiene que convocar en la Casa Blanca a todo su personal auxiliar, así como a todos los senadores representantes de los estados…

—Claro. Lope Borrero exigirá que se presenten en la Casa Blanca todos los senadores del país. Pero eso llevará tiempo, Foster.

—Está previsto. Lope Borrero estará amenazando todo el tiempo al presidente Ford… Eso es lo que hará. Mientras tanto, a la Casa Blanca irán llegando todos los senadores y los equipos de varias cadenas de televisión…

—Eso es importantísimo, querido. ¿Qué harán los equipos de televisión?

—Televisarán en directo la gran conferencia que el señor Ford, los senadores y Lope Borrero efectuarán sobre el futuro de Puerto Rico… Lope Borrero lo tiene todo preparado. Bueno, el pobre hombre cree que todo va a consistir en eso, claro… El cree que podrá hablar para todo el país, que el señor Ford y los senadores se verán obligados a admitir los derechos de los portorriqueños, que se elaborará una nueva ley para éstos y que, finalmente, Puerto Rico será independiente, todo ello sin haber derramado una sola gota de sangre. La vergüenza caerá sobre el señor Ford y todos los senadores, el país apoyará los deseos independentistas de Puerto Rico, se harán todas las reivindicaciones posibles…

—Pero todo eso será bajo amenazas por parte de Lope Borrero, Foster. ¿No teme Borrero que en cuanto el señor Ford deje de estar en peligro de muerte por envenenamiento de un pinchazo de la pluma estilográfica, deje de cumplir lo prometido? Eso aparte de que lo pueden encarcelar para toda la vida.

—Borrero es demasiado… noble e ingenuo para pensar eso. Si el presidente de Estados Unidos, tras sus promesas televisadas a todo el país, no cumpliese lo dicho, le parecería imposible.

—A mí también me parece imposible, Foster.

—¡Y a mí! —rió agudamente Miles, estremeciéndose—. ¡Pero Borrero es… como un niño que cree en las cosas buenas! Él está convencido de que puede conseguirse todo lo mejor para Puerto Rico por las buenas, haciendo llamadas a la razón de los norteamericanos… ¡Je, je, je, je…!

—Es graciosísimo —asintió Lili, con tono de entusiasmo—. Pero falso, claro…

—¡Claro que es falso! ¡Qué idiotez! Sólo un alucinado como ese estúpido de Lope Borrero podría creer una cosa semejante. Lo seguro es que en cuanto terminase de amenazar a Ford, le cortasen la cabeza, y de lo dicho, nada de nada.

—Claro. Y eso lo sabemos nosotros. Así que la verdadera razón de esa visita al 1600 de Pennsylvania Avenue no es ésa… ¿Cuál es la verdadera razón?

—Pues matarlos a todos.

—¿Quiénes son todos? —palideció Lili.

—¡Todos…! El presidente Ford, los senadores, todos los auxiliares y asesores del presidente, el señor Kissinger… ¡Todos! Para eso los queremos reunidos a todos en la Casa Blanca: para matarlos a todos a la vez.

—¡Qué buena idea, Foster! —el sudor se deslizaba ahora, en finos chorritos, por el rostro de Lili—. ¡Me parece formidable! Pero vamos a ver si estás realmente al corriente de todo: ¿cómo nos las vamos a arreglar para matarlos «a todos»?

—Con el proyectil atómico, naturalmente.

Las cuatro personas que escuchaban a Foster Miles no podían estar ya más pálidas. Lili cerró un ojo para eludir el chorrito de sudor que estaba a punto de penetrar en él.

—Exacto —murmuró, con voz tranquila—: el proyectil atómico

que lanzaremos sobre la Casa Blanca cuando estén todos esos personajes reunidos en ella.

—¡Je, je, je!

—¿Desde dónde dispararemos el proyectil, Foster?

—¡Ah, eso no lo sé! ¡Sólo lo sabe el jefe, sólo él!

—Pero sí debes saber por qué hacemos esto.

—Tampoco… Bueno, tengo alguna idea, pero no me gusta dármelas de listo.

—Vamos, querido… Entre tú y yo no pueden existir esas tonterías. Dime por qué piensas que lo hacemos.

—Creo que es por cuestiones de economía política.

—Claro… Economía política. Sigue, sigue.

—Yo creo que esto es cosa de un grupo de presión norteamericano. Igual que cuando se cargaron a Kennedy, ¿comprendes? Sólo que ahora piensan llegar mucho más lejos; aprovechando la buena fe de Lope Borrero, van a matarlos a todos. Luego, la CIA podrá pensar que ha sido cosa de los portorriqueños, pegados por Cuba o Rusia, pero nunca sospecharán la verdad: que un grupo de norteamericanos de los que no están contentos con la política económica de Ford, se lo habrán cargado con toda su camarilla, y que pondrán un nuevo equipo que respetará las conveniencias económicas de ese grupo, y que dirigirá el país, tanto en política interior como exterior, a su manera. Eso es lo que yo pienso. Y me apostaría la vida a que es así, por algunos comentarios del jefe.

Lili, la bella rubia, retrocedió y se pasó las manos por el rostro, que estaba anegado en sudor. Tuvo que volver a pasarse las manos tras limpiarlas distraídamente en el vestido, que notaba también pegado al cuerpo.

Cuando ella y el médico de la barbita se dieron cuenta de lo que iba a ocurrir, ya era demasiado tarde para impedirlo; la pregunta estaba brotando de labios de Charles Alan Pitzer, que estaba junto a Foster Miles ahora:

—¿Y quién es el jefe, Miles?

Incluso Simón se dio cuenta del fallo, alzando los ojos hacia el techo, con gesto implorante. El tipo de la barbita se llevó las manos a la cabeza. Lili se mordió los labios… Pero Charles Pitzer sólo se dio cuenta del súbito cambio que se operó en Foster Miles. De las

facciones de éste desapareció la expresión complacida y sonriente, su ceño se frunció, sus ojos parecieron enfriarse, sus labios se apretaron.

—¿Quién es el jefe, Miles? —insistió.

Simón lo agarró de un brazo y lo apartó rápidamente de allí. El médico se fue en pos de ambos, refunfuñando.

—¿Qué pasa? —preguntó el sorprendido Pitzer; de pronto, lo comprendió todo, y se llevó las manos a la frente, con seco manotazo—. ¡Dios…! ¡Lo he estropeado todo, ¿verdad?!

—Me temo que si —dijo el médico—. El cambio de voz ha sido contraproducente. No ha debido usted intervenir, Pitzer. Ese hombre estaba en un magnifico estado psicológico con Baby, ya que todavía recordaba su dulce voz de rubia encantadora que acude en busca de clientela a los clubs nocturnos. Usted le ha producido un *shock*. Y si cierra su mente, ya no conseguiremos nada más en bastantes horas. Habría que trabajarlo muy a fondo, quebrantándolo mucho…, hasta el punto de que podría sobrevenirle una trombosis mortal.

—¡Maldita sea mi estampa! —gruñó Pitzer, dejándose caer en un sillón.

—Tómeselo con calma, tío Charlie —murmuró Lili—. Todos cometemos errores… Yo misma he cometido otro.

—¿Usted? ¿Cuál?

—Debí ir con Miles a su apartamento, no traerlo aquí. Si su jefe le llama, y no recibe respuesta, quizá se alarme.

—¡Demonios…! —jadeó Simón—. ¿Y qué cree que puede pasar si ese hombre se alarma?

—Depende de si ya tiene listo para ser disparado ese proyectil atómico.

—¿Cree que sí teme que todo se le está estropeando, dé la orden de disparo? —gimió Pitzer—. ¡En ese caso, habría que avisar inmediatamente a la Casa Blanca para que la desalojen…!

—No… —negó Lili, pensativa—. No, no, no. Quizá llegásemos a tiempo de desalojar la Casa Blanca o, cuando menos, de que todas las personas que hay en ella ahora pasasen inmediatamente al refugio antiatómico. Pero, tío Charlie, la Casa Blanca no está aislada en una colina, por ejemplo. Forma parte de la Avenida de Pennsylvania, en el centro de Washington. ¿Lo prende? Si ese

proyectil es disparado, quizá los Ford y las demás personas se salven, en el refugio antiatómico, pero… ¿qué pasaría con las personas que hubiesen en media milla o quizá una milla a la redonda de la Casa Blanca?

—Dios… Dios mío…

—No hace mucho estuve corriendo, también, detrás de un par de proyectiles atómicos, en Europa. Y cada vez me convenzo más de que el hecho de que la Humanidad disponga de esa clase de armamento es demasiado peligroso. Pero ahí están las bombas atómicas, ya no podemos hacer nada…, salvo aprender a manejarlas. ¿Y cuál les parece a ustedes el mejor medio de manejar un proyectil atómico?

Simón y Pitzer cambiaron una mirada. Pero la consulta no les sirvió de nada, no supieron qué decir.

—Pues —sonrió secamente Lili—, el mejor modo de manejar los proyectiles atómicos es evitar que sean disparados. Y tal como están las cosas, en esta ocasión, eso sólo podremos conseguirlo con astucia… y mucha serenidad. Veamos: ¿tenemos algún Simón, o algún colaborador especial que sea capaz de imitar cualquier voz?

—Sí —dijo Simón-Floristería en el acto.

—Magnífico. Entonces, creo que tenemos alguna posibilidad. Escuchen atentamente…

Capítulo VI

La cita fue de nuevo a las once de la mañana, es decir, exactamente cuarenta y ocho horas después de la primera. Y en el mismo sitio, en Central Park.

Puerto Rico se sentó en el banco junto a Brigitte Montfort, que tomaba plácidamente el sol.

—Creo —murmuró—, que podíamos haber resuelto esto por teléfono. Al fin y al cabo, usted sólo tenía que decirme si o no, señorita Montfort.

—Me pareció más oportuno, una entrevista. Se leen tantas cosas sobre teléfonos controlados que a veces pienso que a mí también me tienen vigilada.

—¿A usted? ¿Por qué? —se sorprendió, realmente, Puerto Rico.

—Ya que tanto se ha interesado por mí y por mi trabajo, debe usted saber que en ocasiones he escrito artículos muy… personales, que no han merecido la aprobación de determinados organismos. Por ejemplo, un alto jefe de la CIA me visito hará cosa de un año para «rogarme» que antes de publicar según qué artículos me asesorase debidamente con ellos.

—¡Caray…! ¿Y qué hizo usted?

—Nada. No le hice el menor caso. Pero desde entonces, en ocasiones temo que me estén vigilando. No aquí y ahora —casi rió, al ver el gesto de inquietud de Puerto Rico—; no se trata de una vigilancia ocular, entiéndalo. Sólo de un determinado… control sobre mi persona. De modo que prefiero hablar aquí.

—Está bien. ¿Lo ha conseguido?

—La cosa está realmente difícil —movió la cabeza Brigitte Montfort—. Sobre todo, después de que esa Sarah Jane Moore atentase contra el presidente en San Francisco. Espero que usted comprenda que el señor Ford esté… Bueno, no quisiera decir asustado, pero sí muy preocupado. Han aumentado la vigilancia y

están reestructurando todo el sistema de protección directa. Hoy día, señor, entrar en el 1600 de Pennsylvania Avenue se está convirtiendo en algo realmente difícil.

—¿Lo ha conseguido o no?

—Sí. Pero bajo determinadas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Las que quieran imponernos de acuerdo a la nueva reestructuración de la protección personal del señor presidente. Ignoro cuáles son, pero ciertamente, yo las aceptaré. ¿Las aceptará usted también, sean cuales fueren?

—Sí. Yo quiero ver al señor Ford, eso es todo.

—De acuerdo, entonces. ¿Cuándo puede usted partir hacia Washington?

—En el momento en que usted me diga.

—¿Tiene usted coche?

—Sí, claro.

—Bien. A partir de las seis de la tarde, espéreme en un parador llamado Happy Way; está entre una localidad llamada Milltown y el cruce de las carreteras racionales 1 y 130… Naturalmente, hacia el sur. Deje su coche en un lugar adecuado, porque, a partir de ahora, seguiremos el viaje con el mío. ¿Está claro?

—Sí. Pero… llegaremos de noche a Washington. ¿Nos va a recibir de noche el señor Ford?

—Claro que no. Han puesto un pequeño apartamento a nuestra disposición, cerca del 1600 de Pennsylvania Avenue, y tendremos que esperar allí hasta mañana por la mañana, o quizá por la tarde…

—Por lo que usted me dice, hay varias personas que están al corriente de nuestra próxima visita al señor Ford. Y eso no me gusta.

—Escuche, Puerto Rico: si usted, en lugar de ponerse en contacto conmigo, hubiese recurrido a cualquier otra persona, tenga por seguro que no sería recibido de ninguna manera por los Ford, tal como están las cosas. He tenido que recurrir a una especie de entendimiento personal y amistoso con Betty…, quiero decir con la señora Ford, para conseguir que le admitan a usted. Pero también he tenido que hacer algunas concesiones. Si lo quiere, lo toma, y si no, lo leja. ¿Qué decide?

—Acepto.

—Entonces, hasta las seis, más o menos, en el Happy Way Parador.

—¡Adiós…!

Brigitte Montfort se alejaba ya, elegantísima, bellísima, dejando patitiesos a docenas de hombres en su auto hacia la salida de Central Park. Cruzó luego la Quinta Avenida y entró en el Cristal Building, donde tenía su apartamento. Se metió en uno de los ascensores, pero no pulsó el botón del piso veintisiete, sino el del estacionamiento subterráneo. Descendió un piso, salió de la cabina y fue al coche que estaba utilizando, proporcionado por Pitzer. Se metió dentro. El maletín estaba en el asiento contiguo al del conductor. Lo abrió y sacó la radio de bolsillo, efectuando la llamada.

—¿Sí? —oyó la voz de Pitzer.

—Todo bien, tío Charlie. Puerto Rico irá a la granja, naturalmente, a informar a Andrés García. Puesto que perderá mucho tiempo en el Metro, yo llegaré antes. ¿Están los Simones esperando por allí?

—Naturalmente.

—Bien. ¿Cómo va el asunto de Foster Miles?

—¡Oh, él está muy bien! Hemos conversado ya mucho con él, y parece que estar en su apartamento lo tranquiliza. Tal como convinimos, hemos realizado muchas grabaciones dé su voz; eso aparte de que nuestro imitador está presente, tomando buena nota de sus inflexiones. Sigue negándose a decirnos quién es el jefe, ni cuál es su número de teléfono.

—Arreglaremos eso más tarde. Sigan trabajando en ese sentido. Hasta luego.

Cerró la radio, la guardó, y del maletín sacó la peluca rubia y demás artificios de disfraz. En menos de cinco minutos, la morena señorita Montfort quedó convertida en la rubia señorita Lili Connors, incluso, esta vez, cambiándose de vestido dentro del coche.

Por fin, puso el motor en marcha: tenía casi una hora de viaje hasta llegar a la granja cuya ubicación le había sido facilitada dos días antes por Simón-Floristería.

Eran las doce menos un minuto cuando Lili detenía el coche a un lado del camino que llevaba a la granja. Hacía un hermoso día

de sol, claro y transparente. Delante de la granja no se veía coche alguno.

—¿Simón? —llamó por la radio.

—¡Hola!, ¿ya ha llegado? Puerto Rico debe estar todavía viajando en Metro.

—No creo que hoy pierda tanto tiempo. ¿Todo controlado?

—¡Claro! De esa granja no puede salir ni una rata sin que nosotros la veamos. De cuando en cuando vemos a un hombre, que sale y entra… Salvo que a alguno lo hayamos contado dos veces, parece que son cinco, en total. Por lo demás, sin novedad. Los muchachos encargados de la vigilancia desde el principio, dicen que no pasa nada en la granja. Ni llegan camiones, ni coches… Nada. Lo único a resaltar es la salida de Contacto el otro día.

—De acuerdo. Vamos a esperar.

No tuvieron que esperar más que media hora escasa. El coche de Puerto Rico apareció entonces, cuando Lili Connors había colocado el suyo en un lugar donde no podía ser visto desde la granja ni desde el camino.

Como la vez anterior, Puerto Rico detuvo el coche delante de la granja, y un hombre salió de ésta. Mientras los dos conversaban, Lili recurrió de nuevo a la radio de bolsillo.

—¿Es Contacto ese que está con Puerto Rico? —preguntó.

—Sí.

Cerró la radio. Puerto Rico y Contacto, esto es, Lope Borrero y Andrés García, terminaron lo que tenían que decirse, y el primero emprendió el regreso a Nueva York, mientras el segundo entraba en la casa.

Veinte minutos más tarde, Contacto salía de la casa y entraba en el establo. Salió de allí conduciendo un coche que hasta entonces había tenido oculto. La radio de Lili sonó.

—¿Sí? —inquirió ella.

—¿Algún cambio con respecto a Contacto?

—No, no. Sigan con él. Todo tal como se convino. Cerró la radio y esperó otros diez minutos. Contacto estaba ya lejos de la granja.

Puso en marcha su coche y se dirigió hacia allá. Foco después detenía el coche delante de la granja y se apeaba, mientras un hombre salía ya de la casa a toda prisa.

—¡Hola! —saludó ella, sonriente, caminando hacia el porche—.

¿Me permitiría usted telefonear?

—No hay teléfono aquí —movió la cabeza el hombre.

Un viejo amigo de Brigitte Montfort, por cierto: era el que le había pinchado en el cuello con una navaja, en el ascensor del *Morning News*. El tal José, que había quedado muy disgustado porque la señorita Montfort no se había asustado…

—¡Vaya mala suerte! —se lamentó la rubia de los ojos verdes, llegando al porche—. Pero quizá entienda usted algo de motores, señor.

—Tampoco, lo siento.

—¡Zambomba! —se pasmó Lili—, ¡no entiende usted de nada, amigo! ¿Y de lucha? ¿Entiende usted algo de lucha?

José parpadeó, desconcertado y con un principio de recelo en la expresión de sus oscuros ojos… Así estaba cuando la mano derecha de Lili llegó plana y de canto a su garganta, rozando la barbilla. José emitió algo parecido a un cloqueo de gallina, sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió…, y todo él cayó hacia delante, a los brazos de Lili, que lo sujetó, exclamando:

—¿Se encuentra mal, señor? ¿Qué le ocurre? ¡Oh, Dios mío, se ha desmayado…!

De la casa salieron dos hombres más al porche. Respingaron al ver a José desvanecido y a la bella rubita sosteniéndole con enormes dificultades.

—No…, no sé lo que ha pasado… —tartamudeó ella—. Estábamos hablando y…

—¡Apártese! —gruñó uno de los hombres, ambos desconocidos para Lili.

Agarraron entre los dos a José y lo entraron en la casa, sosteniéndolo por los tobillos y los sobacos. Lili entró detrás, al mismo tiempo que del fondo de la estancia aparecía el amiguito de José que había estado con éste «divirtiéndose» en el ascensor.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—No sé —dijo uno de los otros—. Parece que José se ha desmayado en el porche, Amadeo.

—Estábamos… estábamos hablando y… —empezó Lili.

—¿Y usted quién es? —se le encaró Amadeo.

—¿Yo? Bueno. —Lili miró hacia los otros dos, que estaban depositando a José en un viejo sofá, de espaldas a ella—, yo soy

una niña muy mala, Amadeo.

Amadeo no tuvo tiempo ni de asombrarse. El espantoso golpe *uratsuki* le acertó de lleno en la boca del estómago; lanzó un berrido, saltó encogido y cayó hecho un ovillo a los pies de Lili, que sacó tranquilamente su pistolita del escote y apuntó hacia los otros dos, que se habían vuelto, sobresaltados. Se quedaron atónitos mirando la pistolita en aquella delicada manita.

—Sean buenos chicos —sonrió Lili—. Todo lo que tienen que hacer es poner las manos sobre la cabeza y permanecer así, quietecitos. ¿De acuerdo? No vacilen: puedo meterles una bala en un ojo a cada uno, en menos de medio segundo.

Tras breve vacilación, los dos hombres obedecieron, mientras uno de ellos preguntaba:

—¿Quién es usted?

Lili no contestó. Sin perderlos de vista colocó el maletín sobre el brazo de un deteriorado sillón, lo abrió y sacó la radio.

—¿Simón?

—¡Sí, diga…!

—Tranquilo —sonrió ella—. Ya pueden venir, todo ha salido conforme a lo previsto, sin sangre.

En menos de medio minuto, cinco hombres, pistola en mano, irrumpían en la casa. Dos de ellos se apresuraron a quitar sus armas a los dos que tenían las manos sobre la cabeza. Luego, registraron y desarmaron también a José y Amadeo.

—¿Y ustedes, cómo se llaman? —preguntó la rubia.

—Ramón y Luis Aurelio —dijo uno—. Yo soy Luis Aurelio.

—A mí pueden llamarme Lili. Ahora, mis amigos los van a atar a los cuatro, los sentarán muy cómodos en el sofá, y charlaremos como buenos amigos. ¿O no son ustedes amigos de Lope Borrero?

No obtuvo respuesta. Encogió los hombros y, mientras los Simones empaquetaban a los cuatro hombres, se dio una vuelta por la casa, tranquilamente. Cuando regresó a la estancia principal, José y Amadeo habían recobrado el conocimiento y, como los otros dos, estaban sentados en el sota, todos atados de pies y manos.

Lili miró alrededor y uno de los Simones se apresuró a colocar un sillón delante del sofá.

—Gracias, Simón —se sentó la bellísima rubia—. Parece que todo está muy tranquilo en esta casa. Ni siquiera he visto armas.

Eso me gusta. Pero no aventuremos juicios. Para decidir si realmente nos gusta lo que pasa en esta casa, tenemos que hablar con nuestros amigos Luis Aurelio, José, Amadeo y Ramón. Y como no me gusta perder el tiempo, iremos directamente al asunto. Nosotros —señaló a los cinco agentes de la CIA y a sí misma—, somos de la CIA. ¿Quiénes o qué son ustedes?

Los cuatro palidecieron. Lili sonrió, encendió un cigarrillo y movió la cabeza con gesto de pesar.

—Me parece que les he asustado —dijo amablemente—. Pero por fortuna para ustedes, esta… sección de la CIA tiene costumbre de resolver lo más amistosamente posible ciertas situaciones. Si ustedes colaboran, llegaremos a un acuerdo. Naturalmente, los cuatro son portorriqueños, como Lope Borrero, como Andrés García… ¿Qué es lo que están tramando?

Silencio.

Lili miró uno a uno a los cuatro hombres. Luego, estuvo fumando en silencio durante medio minuto. De pronto, miró a uno de los agentes de la CIA.

—Simón: mate al primero de la derecha.

—Como usted mande —dijo el espía, apuntando su pistola.

—¡No! —gritó Ramón, lívido—. ¡No, no, no…! ¡Se lo diré todo!

—Le escuchamos. Sin querer dárselas de listo, sin tartamudeos, sin vaguedades. ¿De acuerdo, Ramoncito?

—Sí… Sí, sí. Bueno, nosotros… nosotros estamos… estamos esperando aquí la llegada de las armas.

—¿Qué armas?

—Lope nos dijo que podría proporcionarnos muchísimas armas para organizar bien nuestros respectivos grupos. Cada uno de nosotros, y también Andrés, manda un grupo de portorriqueños que harán lo que nosotros digamos… Tenemos ya algunas armas, en otro sitio, y nos disponíamos a comenzar nuestras represalias contra los norteamericanos cuando intervino Lope… Él nos dijo que era una locura lo que pensábamos hacer, que no estábamos bien preparados. Dijo que, ya que nos disponíamos a organizar un terrorismo patriótico…

—¿Terrorismo patriótico? —se pasmó Lili. ¿He oído bien?

—Bueno, nosotros… queremos demostrar que tenemos los mismos derechos que los norteamericanos del continente, y que los

queremos. Además de eso, si nuestra acción, según dijo Lope, coincidía con un gran movimiento de rebelión en Puerto Rico, conseguiríamos mucho más que actuando por nuestra cuenta en simples actos de terrorismo…

—Entiendo. Lope Borrero los convenció a ustedes para que no hiciesen nada hasta que él les facilitase armas en abundancia y les avisase de que había llegado el momento, que coincidiría con la revolución en Puerto Rico. ¿Es eso?

—Sí… Sí.

—Pero las armas no llegan.

—No…

—Hace poco, Lope Borrero ha estado aquí y ha hablado con Andrés García… ¿Qué le ha dicho?

—Lo mismo que las otras veces: que todo va bien, y que sigamos esperando, que muy pronto llegará el momento.

—Ya. Y Andrés García ha ido, luego, a decírselo a sus cómplices norteamericanos, ¿verdad?

Los cuatro portorriqueños quedaron estupefactos. Más aún: como alucinados.

—¿Qué dice? —exclamó por fin Luis Aurelio.

—¿Ustedes no tienen cómplices norteamericanos?

—¡Claro que no! —chilló Ramón.

Lili Connors apretó los bonitos labios con un seco gesto. Luego, recurrió de nuevo a la radio de bolsillo.

—Simón: ¿qué hace, ahora, Andrés García?

—Está desconcertado, en estos momentos… —se oyó la voz masculina en la pequeña radio.

—¿Desconcertado?

—Sí. Ha venido al club de tenis, ya sabe a cuál. Como no ha visto a sus dos amigos, ha preguntado por ellos. Entonces, uno de los empleados del club le ha enseñado un ejemplar de un periódico que no he podido identificar de lejos, pero que, evidentemente, da la noticia del accidente de James Dalton y Richard Gwen. Entonces, Contacto ha salido del club, se ha sentado en su coche… y no sabe qué hacer.

—Entiendo. Tráiganlo a la granja. Vivo.

—*Okay*.

Andrés García llegó cuarenta minutos más tarde, colgando de los

brazos de dos agentes de la CIA, que lo colocaron delante de la bella rubia. A García se le había pasado ya el susto, pero no las señales de los dos únicos golpes recibidos: uno que le había partido la carne sobre el pómulo derecho, y otro que había partido su labio inferior y provocado un gran hematoma en la barbilla. Al ver a sus amigos atados y controlados, pareció derrumbarse definitivamente.

—Primero voy a hablar yo —dijo la rubia desconocida, mirándole fríamente—. Luego, hablará usted, aclarándome todo lo que durante mi charla se comprenda que aún ignoro. Lo hará deprisa y con toda claridad, pues de lo contrario yo misma le degollaré, García… ¿Está claro?

—Sí…

—Bien. Usted, como Luis Aurelio, José, Ramón y Amadeo, es uno de los portorriqueños prominentes en Nueva York. Como ellos, se disponía a iniciar su terrorismo patriótico. Pero, intervino Lope Borrero, y los convenció de que debían esperar no sólo gran cantidad de armas, sino también el momento oportuno. ¿Cierto?

—Sí… Sí, cierto.

—Pero —sonrió de pronto Lili—, esto no era cierto. Lope Borrero los estaba engañando a ustedes. Es decir, a todos menos a usted, García. En realidad, Lope Borrero no pensaba facilitarles armas en ningún momento, ni facilitarles una ocasión propicia para cometer ninguna clase de barbaridad. Lo que Lope Borrero quería y quiere es mantenerlos quietos, mientras él intenta algo que es mucho más pacífico y que puede dar mejores frutos: el asunto de la entrevista televisada en el 1600 de Pennsylvania Avenue. ¿Cierto?

—Sí —palideció aún más García.

—Lope Borrero confió en usted. Necesitaba a alguien que estuviese de su parte para que durante su ausencia mantuviese serenos a los demás y no cometiesen locuras. El elegido fue usted. Lope venía por aquí de cuando en cuando y hablaba con usted. Usted les decía a sus amigos que habían hablado sobre las armas y todo eso, y que el momento se iba acercando. Pero no era cierto. Lope le decía a usted que siguiese sujetándolos. Menos esta mañana, en que le ha dicho que, definitivamente, ha conseguido que Brigitte Montfort lo lleve al 1600 de Pennsylvania Avenue, y que todo va a terminar, pronto, muy bien para los portorriqueños. Pero, tanto en la entrevista anterior, como en la de hoy, usted ha puesto en

evidencia que tiene planes personales. Planes que le relacionan con norteamericanos. Dos de ellos se llaman…, o se llamaban, Richard Gwen y James Dalton. ¿Conoce a alguno más?

—No… No.

—Entonces se comprende su desconcierto al enterarse de que estaban en un hospital. Ahora, García, dígame: ¿qué les decía usted a Dalton y Gwen?

—Debía tenerles al corriente de las posibilidades de Lope para llegar a la Casa Blanca conforme a sus planes.

—Y esta mañana ha ido a decirles que todo estaba arreglado, que Lope llegaría ante el señor Ford. Muy bien. ¿Para qué querían saberlo ellos?

—Bueno… Hace unos días, ellos me abordaron, en Nueva York. Me dijeron que sabían quién era y lo que estaba tramando. Dijeron que… eran agentes del FBI, y que si les ayudaba a desarticular todo el movimiento y les iba teniendo al corriente de todo, me lo tendrían en cuenta… Querían conocer los planes de Lope Borrero, de los portorriqueños… Les llamó mucho la atención el plan de Lope de entrar en la Casa Blanca y reunir allí a todos los senadores, militares, políticos… A partir de entonces, yo tenía que informarles de todo; especialmente, puesto que sabían que jamás recibiríamos armas por parte de Lope, debía tenerlos al corriente del momento en que Lope Borrero consiguiese llegar a la Casa Blanca y reunir allí a toda esa gente, televisar la reunión a todo el país…

—¿Y sabe usted para qué querían saber eso, García? ¿Sabe por qué sintieron tantísimo interés por ese fantástico proyecto de Lope?

—No… No.

—Se lo diré. Desde que se enteraron, han estado preparando material y; hombres en determinado lugar, y sólo esperan el momento en que esa… reunión sea televisada para disparar un proyectil atómico al 1600 de Pennsylvania Avenue.

—¡Mentira! ¡El FBI no puede hacer eso, no puede…!

—Es usted un imbécil. ¿Realmente cree que Dalton y Gwen son del FBI? Olvídelo. Sólo son dos asesinos de guante blanco que posiblemente ya pensaban utilizar a los portorriqueños para alguna porquería que ocasionase disturbios y muertes. En cuanto se enteraron de los proyectos de Lope Borrero, corrieron a comunicárselo a su enlace con el jefe, un tal Foster Miles. ¿Lo

conoce usted?

—No.

—Pues Foster Miles es el hombre que le pasaba el informe definitivo a la persona que, en cuanto conoció los proyectos de Lope Borrero, decidió cargarse a todo el personal político norteamericano que cuenta en el país: todos juntitos en la Casa Blanca, un proyectil atómico, y aparte de las muchas muertes que eso ocasionaría, tendríamos el caos absoluto en la dirección de Estados Unidos. El caos absoluto hasta que ese hombre y su grupo, muy hábilmente, fuesen ocupando los lugares que habrían quedado vacantes precisamente debido al proyectil atómico disparado por ellos. ¿Lo entiende?

Andrés García entendía perfectamente. Y los otro cuatro también lo entendían. Estaban pálidos como muertos, inmóviles, mirando con expresión desorbitada a la bella rubia que les había puesto al corriente de la más espeluznante planificación de asesinaros de que jamás hubiesen podido tener noticia.

Lili estuvo silenciosa unos segundos, antes de insistir, suavemente:

—Y ahora: ¿seguro que ustedes no saben nada más de esto? Piénsenlo bien: no se trata sólo de que unos asesinos van a utilizar los fantásticos, pero nobles proyectos de Lope Borrero, y a los portorriqueños como presuntos culpables de lo que pueda ocurrir… No es sólo eso: es que miles de personas pueden morir si ese proyectil es disparado sobre la Casa Blanca.

—Se podría dar la alarma… —murmuró Andrés García.

—Si damos la alarma, y ese proyectil ya está listo para ser disparado, sería peor: ya no esperarían a que llegasen todos los senadores y demás personajes, sino que lanzarían inmediatamente el proyectil. Todos los que estuviesen en la Casa Blanca podrían salvarse si se avisaba discretamente, pues se encerrarían en el refugio antiatómico. Pero no pensemos sólo en los ocupantes de la Casa Blanca. Pensemos también en los miles de personas que estarían cerca, en un radio de media milla, quizá una milla… No, no podemos dar alarma.

—Bien… —García tragó saliva—. Le juro que sabía… Bueno, yo… yo creía que eran del FBI, y estaba intentando salvar mi propio pellejo portándome como un cerdo con mis compañeros, pero de

eso a lo del proyectil atómico… ¡Dios mío! ¿Qué va a pasar ahora?

Lili Connors estuvo más de un minuto inmóvil, pensativa, con la mirada perdida en el suelo, como si pudiese traspasarlo. Por fin se puso en pie.

—Pues va a pasar —dijo— que se han terminado las contemplaciones.

Capítulo VII

Foster Miles estaba destrozado.

Físicamente, no se le apreciaba ningún deterioro de importancia; no tenía señales de golpes, ni de torceduras más o menos convencionales, ni tenía las ropas en desorden… Aparentemente, estaba bien. Pero, siguiendo las indicaciones de la espía más implacable del mundo, y bajo la dirección directa de Charles Alan Pitzer, los agentes expertos de la CIA habían convertido a Miles en una auténtica piltrafa.

Llevaba más de veinte horas sin descansar, sin comer, sin beber, sin orinar; sin poder siquiera cerrar los ojos. La situación había llegado al lógico extremo de que Foster Miles se había orinado encima varias veces, y en tres ocasiones había caído desmayado al suelo de su apartamento. Si se le hubiese puesto ropa limpia y lo hubieran sostenido en pie, Foster Miles podría haber parecido un hombre normal y corriente en cuanto a su estado físico. Pero, simplemente, estaba destrozado.

Destrozado hasta tal punto que incluso la propia Baby quedó aterrada al verlo. No por su aspecto general, sino por la angustia mortal que había en sus ojos.

—Dios bendito… —gimió—. ¡Si está al borde del colapso, tío Charlie!

Charles Alan Pitzer casi tenía peor aspecto que Miles. Su barba apuntaba en tono gris en sus mejillas, tenía los ojos enrojecidos, el cuello de la camisa abierto y sucio de sudor, la corbata convertida en un trapo sucio… Cerca de él, tres agentes de la CIA del Grupo de Acción, y el especialista en imitaciones de voz, permanecían en silencio, también visiblemente fatigados.

Pitzer se pasó las manos por la cara.

—Es un caso bestial de control sobre sí mismo, Brig… Baby. Y todo, por mi culpa, por haber hablado ayer, cuando lo teníamos

encaminado con su voz. A partir de entonces, su mente se ha cerrado. Y se lo voy a decir claramente: si no utilizamos procedimientos brutales, este hombre no dirá nada.

Lili Connors miró al médico de la barbita.

—¿Y la droga?

—No le hemos inyectado más, puesto que usted lo prohibió —dijo el sujeto—. Mi opinión, de todos modos, es que si lo forzamos con drogas, morirá. He estado hablando con Pitzer, y me ha dicho que también usted es un caso especial en este sentido: ha sido entrenada de tal modo, que puede resistir cualquier presión mental bajo los efectos de cualquier droga. Este hombre lo resistirá todo. Usted me entiende: sólo tiene que pensar lo que le ocurriría a usted, y sabrá lo que le va a él si le drogamos.

—Morirá antes de decir lo que queremos.

—Me temo que sí.

Lili Connors miró a los otros agentes de la CIA.

—¿Qué sabemos de él?

—Nada. Hemos recurrido a todos los archivos, pero no consta en ninguno. Es un honorable y anodino ciudadano, en blanco, de los Estados Unidos de América. Ni siquiera el FBI tiene datos especiales sobre él. Y desde luego, su verdadero nombre es Foster Miles.

—¿No le han llamado por teléfono?

—El teléfono no ha sonado ni una sola vez —dijo Pitzer.

Lili Connors asintió con la cabeza, y de pronto, su mirada quedó fija en el experto eh imitaciones de voces de la CIA.

—¿Podría imitarlo? —preguntó—. ¿Lo ha escuchado lo suficiente, tanto en directo como en grabaciones de su voz? ¿Podría engañar por teléfono' a una persona que quisiera hablar con Foster Miles?

El experto asintió con la cabeza.

—Con toda seguridad. Pero quizá convendría que usted misma me pusiese a prueba, Baby.

—Lo voy a hacer. Usted y yo vamos a encerrarnos en un dormitorio de este apartamento yo le iré poniendo al corriente de todo lo que sabemos, a fin de que pueda imponerse en el papel de Foster Miles si conseguimos arrancarle ese número de teléfono; según mis cálculos, cuando nuestra conferencia termine, usted sabrá casi tanto como Miles, y si su imitación me convence, pasaremos a

la fase final… Mientras tanto —Lili miró a Pitzer—, lleven a Miles a la bañera. Desnúdenlo, métanlo en agua caliente, ofrézcanle cigarrillos, pongan música en el cuarto de baño, vayan a comprar champaña o *whisky* del mejor o comida… Lo que él prefiera. Luego…

—¿Lo que él prefiera? —masculló Pitzer—. ¡Yo creo que lo único que desea es dormir!

—Pues eso es lo único que no va a tener. Quiero que lo metan en la bañera, y que tenga todo, todo, todo, menos sueño. Sea como sea, ténganlo despierto y feliz… en lo posible. Y, tío Charlie, usted y yo no vamos a discutir, ¿verdad?

—No —sonrió torcidamente Pitzer, bastante reanimado—. Sea lo que sea lo que usted esté tramando, tendrá a este hombre en condiciones.

—De acuerdo. Usted, venga conmigo.

El experto en imitaciones de la CIA se fue en pos de Lili Connors, y ambos se encerraron en uno de los dormitorios del apartamento. Lili se sentó en el borde de la cama, señalando el silloncito cercano a ésta.

—Empecemos. Dígame en primer lugar: «Soy Miles, he hablado con García, a quien parece ser que el idiota de Dick le dio mi número de teléfono». Por supuesto, debe decir esto con la voz de Miles.

El experto asintió, sonriente.

—Soy Miles… —dijo, con la voz de Foster Miles—. He hablado con García, a quien parece ser que el idiota de…

Foster Miles se sentía feliz como nunca en su vida… La vida, qué tantas cosas raras tiene. Sí, cosas rarísimas. Aunque a veces, todo puede ser debido a sueños, a pesadillas atroces. Por ejemplo, no hacía mucho, él había estado soñando que unos hombres habían estado torturándole; sin violencias físicas, desde luego, pero torturándole de tal modo, que había deseado varias veces la muerte. Aquellos hombres habían estado hablándole sin cesar, preguntando, preguntando, preguntando, preguntando, preguntando… Ya ni siquiera se acordaba de lo que le habían estado preguntando. Pero si recordaba que tenía sueño, y sed, y hambre, y un cansancio infinito, y que le dolía todo el cuerpo, como si lo tuviese roto en mil sitios diferentes…

Le obligaban a hablar, a decir cosas. Luego, ¡cosa extraña!, él escuchaba su propia voz diciendo aquellas mismas cosas. Y todavía otra vez, oía su propia voz, muy cerca, diciendo lo mismo. Como si alguien estuviese burlándose de él repitiendo continuamente sus mismas palabras. No le dejaban fumar, ni beber, ni dormir, ni tenderse, ni ponerse en pie, ni limpiarse el sudor de la cara. Si no recordaba mal, se había orinado encima. ¡Oh, sí, demonios, había hecho eso!; recordaba la cálida humedad de sus orines en la pierna izquierda, y recordaba que entonces había reído, porque de muy, muy lejos, había llegado una voz muy, muy conocida, que sólo estaba en su mente: «¡Foster, no debes hacer eso! ¡Tienes que pedirlo a mamá!».

En aquel momento, metido en la bañera completamente desnudo, con agua hasta el cuello, Foster Miles se sentía felicísimo. Todo iba bien, naturalmente. Todo iba tan bien que sólo cabía una explicación.

—¿Mamá? —llamó Foster Miles.

—Dime, querido —oyó la voz femenina.

Foster Miles miró a la mujer que estaba junto a él. Tenía los cabellos negros, como él mismo. Y los ojos azules. Hacía tanto tiempo que no había visto a su madre, que Foster Miles no recordaba de qué color eran sus ojos. Pero debían ser azules, claro… Unos ojos azules en un rostro lindo y bondadoso como aquel que tenía frente a él.

—Mamá, me he orinado otra vez.

—¿Eso has hecho, mi amor? —reprochó, dulcemente, la voz.

—Sí. Estaba sentado, y entonces, ¡piiiiiíssss!, me he meado encima.

—Ya eres mayor, querido. No deberías hacerlo. ¿Te has frotado bien las orejas?

—No.

—Pues hazlo. Vamos, mi amor: la cena está esperando.

—Sí… Voy a lavarme bien las orejas.

Foster Miles tenía, físicamente, treinta y siete años. Pero, en aquel momento, apenas alcanzaba los siete, en cuanto a su postura mental. Veía una mujer, estaba en una bañera con agua caliente, le hablaban dulcemente, y la cena estaba esperando… Todo iba bien.

—Deja que lo haga yo —pidió la voz—. Y luego veremos qué tal

están esas rodillas. Seguro que las tienes más sucias que las orejas.

—Hoy he jugado mucho, mamá.

—Me alegro, querido.

Foster Miles se quedó mirando la pared de enfrente. Unas manos delicadas, cariñosas, estaban limpiando sus orejas, Foster Miles no podía verse a sí mismo, un hombre hecho y derecho que estaba siendo bañado por una hermosa mujer quizá más joven que él, de ojos grandes y azules; grandes y azuuuuuuleeeees…

—Foster.

—¿Qué, mamá?

—Tus amigos Dick Gwen y James Dalton están enfermos. Tengo que llamar a ese otro amigo tuyo, pero no recuerdo su número de teléfono.

—¿Cuál amigo?

—Ese que tiene un proyectil atómico, ¿recuerdas? Estáis jugando a que vais a disparar un proyectil atómico sobre la Casa Blanca, pero como Dick y Jimmy se han puesto enfermos, el juego se va a estropear. ¿Cuál es el número de teléfono del otro amigo?

—Otro amigo… —balbuceó Miles—. Otro amigo…

—El jefe de la operación. ¿Lo recuerdas?

—¡Ah…! Sí. Sí, es verdad.

—Lo voy a llamar para decirle que Dick y Jimmy están enfermos. ¿Cuál es su número?

—Su número…

—Su número de teléfono, querido.

—¡Sí, sí, sí!: su número de teléfono…

—¿Qué te pasa? ¿No lo recuerdas? ¿Quizá lo tienes anotado en alguna parte?

—Anotado… Anotado… No.

—Bueno, pero debes recordarlo. Andrés García estuvo a ver a Dick y a Jimmy, y ellos le dijeron… que vinieran aquí, para decirte que todo está bien, que Borrero irá a la Casa Blanca mañana por la mañana. ¿Comprendes?

Foster Miles se llevó las manos a la frente. Se estaba muy bien allí, en agua caliente, como rodeado, incluso abrazado por aquella dulce voz. En sus ojos y en su mente parecía apagarse y encenderse una luz. No estaba muy seguro de lo que pensaba. Tenía hambre, desde luego. No mucha. Y tenía sueño. Y estaba cansado…

—Foster, ¿no me oyes?

—Sí… —tembló su voz—. Sí, sí, te oigo…

—Hay que avisar al jefe. Dime su número de teléfono, le llamaré, y le diré que Lope Borrero estará mañana en la Casa Blanca. ¿No es eso lo que tienes que hacer?

—Sí. Sí, exactamente, sí.

—¿Cuál es el teléfono?

—Es el WAX 39 71.

—Está bien. Pero todo se ha retrasado tanto, que quizá el jefe se haya marchado ya. Seguramente, debe estar donde el proyectil atómico. ¿Dónde está el proyectil atómico? ¿Lo sabes?

—Sí, sí. Pero yo no tengo que ir allá. Yo tengo…, tengo que quedarme aquí, para ver qué pasa con Dick y Jimmy… Están enfermos… Un coche…, un coche… No, un… un camión…, un camión…

—¿Dónde está el proyectil, querido?

—En el *Sainte Mary*, claro…

—Claro. ¿Y dónde está el *Sainte Mary*, mi amor?

—El *Sainte Mary*…, el *Sainte Mary*…

Foster Miles se calló. Sus labios seguían moviéndose, pero de su boca no brotaba ningún sonido. Sus facciones se estiraron, sus ojos se abrieron mucho. Comenzó a mover negativamente la cabeza.

—No, no, no, no, no, no, no, no, no…

—Dímelo, Foster: ¿dónde está el *Sainte Mary*?

—No, no, no, no, no…

—Vamos, no seas malo, querido. Tienes que decírselo a mamá, ¿comprendes?

—No, no, no, no, no, no, no, no, no, no…

—Vamos, vamos, mi amor…

Foster Miles volvió a pasarse las manos por la cara, con fuerza, como si sus facciones fuesen de goma y las estuviese estirando.

—Querido, no hagas eso: vas a lastimarte los ojos.

—No, no, no, no, no…

—Vamos, sé obediente. Foster, ¿dónde está el *Sainte Mary*? ¿Qué es el *Sainte Mary*?

—¡No! —Foster Miles se puso en pie de un salto en la bañera, con los ojos desorbitados—. ¡No, no, no…! ¡NOOOOOO…!

De pronto se relajó, y cayó hacia atrás. Su cabeza golpeó contra

la pared que delimitaba la parte cabecera de la bañera, rebotó, cayó de rodillas en el agua, luego de lado, y finalmente se estiró, y quedó tendido cara al techo, sumergido en el agua, con los ojos espantosamente abiertos.

La «mamá» de Foster Miles fue apartada por el hombre de la barbita, que asió a Miles por los cabellos, y tiró de él hasta colocarlo sentado. Le puso dos dedos en un lado del cuello, y estuvo así unos segundos. Finalmente, miró a Brigitte Montfort, que se había quitado la peluca y los lentes de contacto antes de acudir a bañar a su «hijito».

—Está muerto —dijo con voz tensa, aguda.

—Déjenlo ahí; nos ocuparemos de él cuando sea el momento. —Baby salió del cuarto de baño, casi tropezando con el experto en imitaciones, Pitzer, y los demás agentes, que la miraban aterrados —. ¿Qué les pasa? ¿Por qué me miran así?

Nadie contestó. Los bellos ojos azules se entornaron un instante, fríos como hielo.

—Tenemos muchas cosas que hacer —dijo, secamente—. Tío Charlie, quiero saber cuanto antes qué es el *Sainte Mary*, y dónde está. Vaya a la floristería y llame desde allí a la Central: quiero a todos los agentes disponibles de la costa atlántica buscando lo que sea que lleve el nombre de *Sainte Mary*. A partir de «ahora».

—Sí… —musitó Pitzer—. Sí, por supuesto. Dejaré aquí a un hombre, para evitar que nadie entre en el apartamento.

—De acuerdo —Brigitte miró al imitador—. ¿Está dispuesto?

—Sí.

—Pues ya lo sabe: WAX 39 71. No tenemos nada más, así que hágalo lo mejor que pueda.

El hombre asintió con un gesto. Regresaron todos al pequeño *living*. El imitador de la CIA descolgó el auricular del teléfono, y marcó el número. Los demás lo miraban, inmóviles, expectantes.

—¿…?

—Soy Miles —dijo el imitador, con la voz de Foster Miles—. Acabo de hablar con García, a quien parece ser que el idiota de Dick le mencionó mi número de teléfono, ignoro por qué. Lope Borrero y Brigitte Montfort, salen esta tarde para Washington.

—Sí, van solos, en el coche de ella. Han quedado en encontrarse en el Happy Way Parador. En Washington les han proporcionado un

apartamento, donde esperarán hasta mañana, que visitarán el lugar: la visita ha sido admitida.

—¿…?

—Eso no lo sabemos. Ella no lo ha dicho. Puede ser por la mañana y puede ser por la tarde. Borrero no lo dijo.

—Sí, está bien. ¡Sí, sí!

—De acuerdo. ¡Adiós!

El imitador colgó el auricular, y miró a Baby, con expresión anhelante; unas gotitas de sudor habían aparecido en su frente.

—Lo siento. No he podido hacerlo mejor, y ese hombre no es muy hablador…

—Lo ha hecho muy bien —sonrió Brigitte—. Se quedará aquí, por si ese hombre llamase. Si así fuese, y todo transcurriese normal, siga aquí hasta nuevo aviso, sin hacer nada. Si ese hombre llama, y a usted le parece que sospecha algo, siga el juego hasta donde pueda, pero llame inmediatamente a la floristería para avisar al señor Pitzer. ¿Sí?

—Sí. Seguiré…, seguiré practicando con la voz de Miles.

—Espléndido. Tío Charlie —lo miró de nuevo—, hay que encontrar también ese teléfono. Tiene que ser privado, pero presentaré mi dimisión si la CIA no es capaz de localizar ese domicilio en un par de horas.

—Esté segura de que lo encontraremos.

—Me voy ya. Calculo que llegaré a Washington hacia las diez de la noche. Si antes de esa hora ocurre algo importante, pueden llamarme por la radio. Si no recibo llamada alguna, llamaré yo al llegar a Washington —miró su relojito—. Se está haciendo tarde: Lope Borrero me está esperando.

Localizó a Puerto Rico en seguida, sentado en un taburete ante el mostrador del Happy Way, tomando café. Cuando ella entró en el parador, hubo unos segundos de silencio; luego, el local se llenó de silbidos y de exclamaciones masculinas más o menos traducibles.

Contemplada por docenas de ojos desorbitados, la señorita Montfort fue a sentarse en otro taburete, junto a Lope Borrero, que la miró entre sonriente y preocupado.

—No es usted una persona que pueda pasar desapercibida, señorita Montfort.

—Estoy acostumbrada —sonrió ella—. Perdone el ligero retraso,

pero ya sabe cómo somos las mujeres. De todos modos, hasta mañana por la mañana, tenemos tiempo de sobra.

—Sí… ¿Quiere tomar algo?

—Preferiría que nos marchásemos. Aquí hay demasiados camioneros.

—¿No le gustan los camioneros?

Brigitte lo miró, realmente sorprendida.

—A mí me gusta todo el mundo, señor. Creo que ya hablamos algo de esto en nuestro primer encuentro en Central Park. ¿Vamos?

Un par de minutos más tarde, estaban en el «Cadillac» de Brigitte, que lo puso en marcha. Durante diez o doce minutos viajaron en silencio, hasta que Puerto Rico se ofreció:

—Si se cansa de conducir, puedo relevarla.

—Sólo son doscientas millas. Y me gusta conducir. ¿Tiene ganas de conversar?

—Me es indiferente.

—Hábleme de sus proyectos, Puerto Rico. Dígame todo lo que tenga pensado sobre este asunto, sus ideas, sus opiniones… Todo.

—¿Es obligatorio?

—No. Pero me gustaría convencerme de que sus planes son honestos, pacíficos y beneficiosos para los portorriqueños…, sin que ello signifique perjuicio alguno para los norteamericanos. ¿Puede convencerme de eso?

—Sí.

—Pues adelante. Tenemos no menos de tres horas de viaje por delante.

Hacia las nueve y media de la noche, estaban a unas diez millas de Washington, y Brigitte Montfort estaba convencida de que las intenciones y proyectos de Puerto Rico eran honestas y beneficiosas para todos…, salvo que aquel hombre menudo y elegante tuviese una carta escondida para jugarla en el momento oportuno. Bien entendido, una carta diferente a su pluma estilográfica que contenía veneno, no tinta, y de la cual, por supuesto, no habló. Tampoco Brigitte hizo comentario alguno al respecto, de modo que Puerto Rico quedó convencido de que la señorita Montfort creía que él sólo pretendía hablar con el presidente, y que, naturalmente, no sabía nada de sus intenciones de convocar la televisión en la Casa Blanca, y a todos los senadores, políticos y militares de relieve nacional…

Un coche estaba parado a la derecha de la carretera, con el intermitente de la derecha funcionando. Brigitte hizo una señal con las luces largas, y pasó junto al coche sin disminuir la velocidad. Pero, poco después, aquel coche la adelantó, y ella se limitó a seguirlo hasta Washington. Puerto Rico se dio cuenta de la maniobra, pero no dijo nada.

Finalmente, pocos minutos antes de las diez, el «Cadillac» se detenía detrás del otro coche, frente a un edificio de tres plantas, destinado a apartamentos de lujo, rodeado de jardines. Del otro coche se apeó un hombre, que retrocedió hacia el «Cadillac» y abrió la portezuela del conductor.

—Nos están esperando —dijo.

—¡Ah! —murmuró Brigitte—. ¿Hay novedades?

—Sí, pero ya no valía la pena llamarla al coche.

Salió del coche, y Puerto Rico la imitó. Subieron a pie al segundo piso. Una puerta se abrió cuando apenas habían llegado, y un hombre apareció en el pasillo, haciendo una seña. Los tres entraron en aquel apartamento, y el hombre que había salido al pasillo entró tras ellos, cerró la puerta, y se encaró con Brigitte.

—Han localizado el teléfono de Nueva York. No fue fácil, porque pertenece a un personaje en verdad importante: Orson De Watt.

Brigitte palideció.

—¿El secretario de nuestro personal permanente en la ONU?

—Sí.

—Dios… ¿Lo han detenido?

—No. Cuando fueron a su domicilio, De Watt ya no estaba allí. Salió esta tarde con su yate, el *Caribean II*. Lo están buscando, pero aunque lo localicen no harán nada sin instrucciones de usted.

—Bien. Seguramente está viajando hacia el Sur. Incluso es posible que se atreva a navegar Potomac arriba…, hasta una distancia prudente. Él lo sabrá, ya que por supuesto conoce el poder de expansión de ese proyectil. Seguramente, no quiere perderse el espectáculo. Comunique esto a todos nuestros compañeros, Simón: cueste lo que cueste, De Watt debe ser capturado vivo. Es evidente que él sólo actúa como cabeza visible del grupo de personajes que lo han planeado todo. Y también es evidente que nosotros queremos esos nombres.

—Por supuesto. Avisaré en seguida.

—¿Y el *Sainte Mary*?

—Todavía no sabemos ni siquiera lo que es. La idea base es que se trata de una embarcación, pero no están descuidando la búsqueda en otros sentidos.

—De acuerdo. Todo el mundo a trabajar, Simón. Si no encontramos ese proyectil, antes del plazo previsto en mis planes… —de pronto miró al sorprendido, desconcertado Puerto Rico, y sonrió—. Lo veo muy desconcertado, señor Borrero.

—Sí. No ent… ¿Borrero? ¿Cómo sabe mi nombre?

—Regístrelo, Simón —pidió Brigitte, sin dejar de sonreír.

El agente de la CIA registró rápida y expertamente a Puerto Rico, que protestó cuando le fue arrebatada la pluma estilográfica.

—Es sólo una pluma —dijo—. La necesitaré para…

—No —negó la divina—. No la va a necesitar para nada. Simón, envíele esa pluma a Mac Gee, a la Central. Y mucho cuidado con pincharse con ella; adviértaselo a Mac Gee. Y dígale que quiero saber, cuanto antes, qué clase de veneno contiene y cómo actúa.

—*Okay*,.

Lope Borrero había palidecido. Estaba en tal estado de estupor, que habría bastado empujarlo con un dedo para derribarlo. Brigitte lo tomó de un brazo, lo llevó hacia un sillón, y lo sentó, con gesto amable. Se sentó ella en otro, sacó cigarrillos del maletín, y encendió uno.

—En el fondo —dijo—, tanto las intenciones de usted como las mías son buenas, señor Borrero. Pero, para ir consiguiendo nuestros respectivos objetivos nos hemos ido prodigando uno al otro pequeñas mentiras. El plan de usted que hace referencia a la amenaza con la pluma estilográfica es tan… descabellado y pueril, que incluso podría haber dado resultado. De todos modos, no vale la pena ponerlo en práctica, porque yo tengo uno bastante mejor. ¿Le parece a usted que ha llegado el momento de que los dos hablemos con sinceridad absoluta?

—¿Cómo ha podido usted saber…?

—Olvide todo eso, ya no importa. ¿Nos sinceramos y luchamos ambos para conseguir lo que usted desea, sí o no?

Puerto Rico se pasó la lengua por los labios y asintió con la cabeza.

—La escucho —murmuró.

—Muy bien. En primer lugar…

Capítulo VIII

El catalejo era tan potente que desde aquella ventana de cierto edificio considerablemente alejado del 1600 de Pennsylvania Avenue, el hombre que lo estaba utilizando pudo ver, desde el primer momento, a todas las personas que llegaban a la Casa Blanca aquella soleada mañana de finales de setiembre.

Junto a la ventana, el hombre había colocado una mesita. Sobre ésta había una pequeña radio, un teléfono y dos fotografías de gran tamaño. Una de ellas, en colores, era de Lope Borrero. La otra, sin duda alguna una ampliación conseguida de otra más pequeña en blanco y negro de un periódico, era de la señorita Brigitte Montfort.

El hombre se sabía ya de memoria aquellos dos rostros, tan diferentes. Por eso, cuando a las diez y media de la mañana, cuatro personas se apearon de un «Cadillac» ante la Casa Blanca, el hombre identificó inmediatamente a dos de ellas. Y también inmediatamente tomó la pequeña radio y apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —sonó una voz en el aparato.

—Acaban de llegar. En un «Cadillac» negro. Van dos nombres con ellos… Deben ser del Servicio de Seguridad. No los conozco, pero sí distingo perfectamente al portorriqueño y a la Montfort. Un hombre sale a recibirlos… Están hablando. El receptor está sonriendo, ha besado la mano a la Montfort… Ahora, estrecha la mano de Borrero… Van hacia la Casa…

—¿Cómo está la vigilancia?

—Normal… Normal, se entiende, después de las nuevas disposiciones tras el último atentado en San Francisco contra Ford.

—¿Qué más?

—Nada más. Han entrado.

—Mira bien alrededor. ¿Seguro que no notas nada especial ahora?

—Seguro.

—Llámame dentro de media hora, para ratificar eso. —Bien.

Media hora más tarde, el hombre volvió a utilizar la radio.

—¿Sí? —oyó de nuevo la misma voz.

—No hay nada especial en parte alguna. Ellos siguen dentro. Todo está en calma. Volveré a llamar en cuanto haya algo nuevo.

—De acuerdo.

Treinta y ocho minutos más tarde exactamente, el hombre del catalejo se irguió vivamente, respingando. Estuvo unos segundos mirando con gran atención. Y sin dejar de mirar, llamó de nuevo por la radio.

—¿Sí?

—¡Acaba de llegar un equipo de televisión! Cuatro hombres salen al encuentro de la unidad. Es de la WITV. Uno de los cuatro hombres está haciendo señas hacia la Casa. Se acercan dos hombres más. Tres de los que primero han llegado suben al camión de la WITV. Llegan los otros dos… Están cacheando a los empleados de la WITV… Espera, está llegando un «Lincoln» ahora. Se ha detenido detrás del camión de la unidad de televisión. Dos hombres… El senador Fathwell y el general Merriman. Son admitidos inmediatamente, se dirigen hacia la Casa…

—El proceso ha comenzado —se oyó la excitada voz del otro—. ¡Borrero ha conseguido su objetivo, tiene amenazado a Ford, y los ayudantes de éste están convocando a los senadores y demás y a unidades de diferentes cadenas de televisión! ¡Ese estúpido…!

—La unidad de televisión es admitida. ¡Demonios, es increíble! ¡Ese tipejo lo está consiguiendo! Tiene en marcha su cretino plan de convocar a todas las personalidades políticas para lanzar un programa especial a todo el país, sensibilizándolos a todos respecto al problema portorriqueño…

—Es un pobre chiflado, pero el plan nuestro está basado en eso. A partir de ahora, llegarán más unidades de televisión, y, ya sin parar, senadores de todos los Estados. Siguen ahí, pero no vuelvas a llamarme. Yo voy a avisar, y te llamaré en cuanto pueda con las instrucciones definitivas. Es todo.

La comunicación quedó cortada.

Hacia las dos de la tarde, la radio del hombre del catalejo emitió su zumbido de llamada.

—¡Dime! —casi gritó.

—¿Qué te pasa?

—¡Son más de las dos! ¡Creí…!

—Tranquilízate. Todo va bien. El *Sainte Mary* se está aproximando, y pronto ocupará su posición. ¿Han seguido llegando unidades de televisión y senadores, y demás?

—¡Ya lo creo! Hay ahora cinco unidades de televisión, y en cuanto a personal, he contado ya treinta y nueve hombres.

—¡Bien! ¿Ha salido alguien?

—No. Bueno, sí… Parece que una de las unidades de televisión no estaba en condiciones, y se marchó al poco de llegar, con su personal, tres hombres y una mujer, que ya habían entrado en la Casa para preparar las instalaciones. Pero ya han vuelto los tres hombres y la mujer con otra unidad. Por lo demás, nada importante…, si no mencionamos la gran masa de curiosos que se va formando delante de la Casa. Han tenido que colocar una guardia especial…

—Bien, deja eso ya. Sencillamente, todo está en marcha. Ahora, recógelo todo y sal de ahí, dentro de veinte minutos. Te recogeré con el coche, e iremos a reunirnos con… con quien ya sabes. Es todo.

El hombre del catalejo se dedicó a recoger todo el equipo que había instalado en aquella habitación. Cuando se cumplió el tiempo reglamentario, bajó a la calle. Delante del edificio, en efecto, lo estaba esperando el otro sujeto, en un coche, que partió en cuando se hubo acomodado en el asiento.

—¿Cuándo será? —preguntó.

—Todavía tardará no menos de tres horas —dijo su comunicante por radio, ahora en persona—. De todos modos, no se efectuará el disparo hasta que el programa de televisión lleve unos minutos en el aire. Lo que pase entonces, tiene que ser atribuido a los portorriqueños. Es una ocasión única.

—¿Nos espera De Watt?

—No. Dio contraorden. Él está ahora navegando por el Potomac en su yate, el *Caribean II*; supongo —rió— que se apresurará a navegar río abajo, para alejarse de estos lugares. Nosotros debemos ir al *bungalow* y, simplemente, esperar allí nuevas instrucciones.

Llegaron al *bungalow*, situado a tres millas al Norte de

Washington, en veinte minutos. Se apearon del coche tras detenerlo a la sombra de un enorme platanero de hojas que ya comenzaban a mostrar el tono marrón de la muerte, y fueron hacia la cabaña.

—Tenemos de todo —dijo el que había recibido las instrucciones —: champaña, *whisky*, revistas, buena comida… ¡Y televisión! ¡No quisiera perder el programa por nada del mundo!

—Ni yo tampoco.

El primero abrió la puerta, entró. El otro lo hizo detrás y cerró la puerta.

¡BOUUMMMMMM…!, desapareció el *bungalow* convertido en astillas, polvo y fuego.

Evidentemente, al menos dos personas no verían el interesante programa de televisión que se estaba preparando en el 1600 de Pennsylvania Avenue.

Dentro de la unidad móvil de la WNT, la señorita Montfort, vestida todavía con el blanco uniforme en cuya espalda estaban las iniciales de la cadena de televisión, y con la peluca rubia, los lentes, y las cejas postizas que, en conjunto, convertían su rostro en otro, esperaba, impaciente, ante la radioemisora instalada allí a toda prisa por los servicios especiales de la CIA. En la Casa Blanca habían entrado tres hombres y una mujer de la WNT. Luego, habían salido. Sólo que la mujer, aunque parecía la misma, ya no era la misma. La auténtica se había quedado en la Casa Blanca. Los tres empleados habían sido momentáneamente retirados de la circulación por unos amables y educados caballeros atléticos, y permanecerían encerrados en un lujoso apartamento hasta que todo hubiese terminado. Estos tres empleados eran las únicas personas, aparte de la CIA, que se habían dado cuenta de que su compañera rubia que había desaparecido apenas entrar en la Casa Blanca, no era la misma cuando se la devolvieron. La pregunta era: ¿quién era la nueva rubia?

Jamás lo sabrían.

Y en el momento en que la «nueva rubia» apagaba su cigarrillo con gesto impaciente, sonó la llamada en la radio.

—¡Sí! —admitió la llamada en el acto, adelantándose a cualquiera de sus tres acompañantes en el interior del vehículo.

—Ha sido detectada una fuerte explosión hacia el Norte de la ciudad. Hemos enviado dos coches hacia allá.

—Bien… ¿Cómo de fuerte?

—Muy fuerte. Pero nada de lo que buscamos.

—Entiendo. Un momento… ¿Dice que esa explosión se ha producido hacia el Norte?

—Sí, en efecto.

—¡Simón, desalojen esa zona, no pierdan el tiempo por ahí! ¡Concentren a todos los hombres hacia el Sur!

—¡Entiendo! —exclamó el comunicante—. ¡Buena idea! ¿Ha tomado ya alguna decisión respecto al *Caribean II*?

—No… No, no. Sé perfectamente dónde está, y algunos de los nuestros lo tienen bajo control, pero no pienso acercarme a ese yate hasta que hayamos localizado el proyectil. ¿Cómo es posible que todavía no sepamos qué es el *Sainte Mary*? ¡Ese nombre tiene que constar en alguna parte: registros de barcos, de compañías de lo que sea…!

—Estamos haciendo todo lo posible, Baby.

—Sí… Lo sé. Perdóneme, Simón. Sigan trabajando.

—*Okay*.

La comunicación fue cortada. Baby encendió otro cigarrillo, y miró a sus tres acompañantes. Tres Simones dispuestos a todo, a secundar a la agente Baby en todo y fuese como fuese, cayese quien cayese…, aunque fuesen ellos mismos. En la cabina del vehículo, otros dos hombres, vigilantes, por si alguien se acercaba a aquel lugar solitario a orillas del Potomac River.

El silencio era terrible.

Baby miró una vez más su relojito. Eran casi las tres de la tarde. La Casa Blanca debía estar atestada de personajes importantes en la marcha del país… ¿Y si disparaban el proyectil antes de que comenzase el «programa» de televisión?

Casi media hora más tarde, la radio volvió a sonar, y de nuevo fue Baby quien abrió el canal.

—¡Adelante!

—La explosión fue en un *bungalow*, que ha quedado convertido en astillas. Se han encontrado restos de dos hombres, convertidos en picadillo. Junto a la cabaña había un coche. Dentro del coche, una maleta de tamaño mediano. Dentro de la maleta, una radio algo más grande que las nuestras de bolsillo, un catalejo, y fotografías de Brigitte Montfort y Lope Borrero.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—Entiendo… Avisen a Nueva York: si por cualquier circunstancia Orson De Watt consiguiese regresar allá, que nuestro imitador de voces desaloje en el acto el apartamento de Foster Miles… Está bien claro que De Watt iría a matar a Miles, y que lo mismo intentaría con Dalton y Gwen. Es la clásica jugada hermética. No quiero que a nuestro imitador le ocurra nada.

—Descuide… Espere un momento, por favor: tengo una llamada en la otra radio con el canal 2. Un momento.

—Sí, sí…

Solamente pasó un minuto hasta que volvió a oírse la voz de Simón:

—¿Baby?

Y sólo con oír el tono con que fue pronunciado su nombre de acción, Brigitte Montfort comprendió que estaban al borde del triunfo.

—¡Sí, Simón, diga!

—El *Saint Mary* ha sido localizado.

—Gracias a Dios… ¿Qué es, dónde está?

—Es un camión. A los lados lleva pintado el nombre de *Sainte Mary*, que parece ser una lavandería. Pero no es cierto. Le juro que no existe una lavandería que se llame así. Hemos…

—Sí, sí, sí… ¿Dónde está el camión?

—Viajando hacia Washington…, procedente del Sur, desde luego. Está a unas sesenta millas todavía. Viaja despacio.

—¿Está controlado?

—Por completo. Podemos detenerlo en cuanto usted lo ordené. ¿Paso la orden al Grupo Sur?

—No, no, no… Por Dios, espere… Tengo que reflexionar. No podemos atacar así como así un camión en cuyo interior viaja un proyectil atómico sin duda listo para ser disparado en cualquier momento… ¿Cuántos hombres van en el camión?

—En la cabina, dos. Pero es cerrado, de modo que dentro pueden haber más. ¿Qué hacemos?

—¡No me atosigue, estoy pensando todo lo de prisa que puedo!

—Lo siento.

Brigitte se pasó las manos por la cara; sus dedos tropezaron con los lentes, que se quitó de un manotazo, haciendo lo mismo con la

peluca acto seguido, y con las cejas postizas. Sacó un pañuelito y se lo pasó por el sudoroso rostro; un fino y denso sudor de angustia. Los tres agentes de la CIA la miraban fijamente, en silencio…

—Simón.

—Sí, diga, estoy esperando.

—Tienen que montarlo todo en menos de media hora, que es el tiempo que calculo que tardará ese camión en recorrer unas veinte millas. ¡Y por Dios, no vayan a equivocarse de carretera!

—No es probable. ¿Qué tenemos que hacer?

—Necesitaremos dos coches, y un patrullero de la Highway Patrol. Concentren…

Casi media hora más tarde, a poco menos de cuarenta millas de Washington, el hombre que conducía el camión de la lavandería *Sainte Mary* alzó una mano del volante, y señaló hacia delante. El hombre que viajaba junto a él asintió. Se volvió, abrió la pequeña ventanilla que comunicaba con el interior de la caja del camión, y dijo:

—Vamos a tener que detenernos, pero no pasa nada. Es un accidente. Tranquilos.

Cerró la pequeña ventanilla y volvió a mirar hacia delante. A la derecha, los dos coches estaban empotrados uno en el otro, y todo el piso se veía lleno de los diminutos trozos de cristal del parabrisas de uno de ellos. Junto a los coches, un hombre conversaba con los que componían la dotación del coche de la Highway Patrol, el cual estaba colocado de tal modo que cortaba el tráfico en ambos sentidos. Justificado, a juicio del hombre que conducía el camión, ya que una gran mancha de aceite se extendía por la carretera. Pasar por allí aunque sólo fuese a veinte millas por hora era correr el riesgo de estrellarse al patinar sobre el aceite.

Uno de los patrulleros se separó del grupo que conversaba, y se colocó en el centro de la carretera, alzando el brazo. El chófer del camión metió el pie en el freno. Cuando el camión se detuvo, sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Ha habido algún muerto?

—No, pero sí dos heridos graves. Voy a quitar el coche… —señaló el patrullero—. Y tengan cuidado al pasar: supongo que ya ha visto el aceite.

—Claro. Gracias por…

Se calló de pronto, al ver la pistola en manos del patrullero. Todo lo que hizo fue palidecer, de momento. Pero su compañero lanzó una exclamación, y llevó la mano derecha hacia el sobaco izquierdo.

Plop.

El hombre salió disparado hacia la otra portezuela con una bala en la frente. El conductor reaccionó entonces, comenzando a gritar y saltando hacia el otro lado del asiento. Abrió la portezuela, saltó sacando su pistola… y dos hombres vestidos de paisano aparecieron ante él, apuntándole con sus pistolas.

—¡Quieto, o…!

Tuvieron que disparar. El conductor pareció aplastado contra un lado del camión, mientras dos hombres llegaban corriendo por detrás de éste, y varios más aparecían, empuñando pistolas y rifles de precisión De los dos que corrían hacia la parte de atrás uno llevaba lo que parecía una simple cerbatana, de apenas un centímetro de diámetros. Llegó ante las puertas de la caja, deslizó una cápsula de cristal dentro la cerbatana, puso un extremo de ésta en el orificio del cierre de la doble puerta, y sopló con fuerza por el otro, retirándose en seguida, rápidamente.

Luego, las dos docenas de agentes de la CIA, que habían aparecido por todas partes, se quedaron mirando fijamente, crispados los rostros, el camión llamado *Sainte Mary*…

—¡Sí! —gritó Baby, tras bajar la palanquita de admisión de contacto.

—Tenemos el camión. Todo ha salido bien. Dos muertos y tres dormidos dentro de la caja. Sin bajas por nuestra parte.

—¿Tenemos el proyectil?

—Efectivamente. ¿Desea alguna cosa más?

Brigitte *Baby* Montfort comenzó a sonreír hasta que, finalmente, se echó a reír, secundada por los Simones que hasta aquel momento habían estado sometidos a la misma tensión que ella.

—No… —aseguró—. ¡No deseo nada más, gracias, Simón! Lo que queda por hacer, puedo hacerlo yo sola… y directamente. Transmita a todos mi agradecimiento.

—Lo haré. Hasta otra, Baby.

—Hasta otra, Simón…

Cortó la comunicación y se echó hacia el respaldo, suspirando.

—¿Qué pasará ahora? —musitó un Simón.

—¿Ahora? —lo miró—. ¿Respecto a qué?

—Bueno… En la Casa Blanca hay muchísima gente importante, y varias unidades de diferentes cadenas de televisión Algo ha de pasar, ¿no?

—Los de televisión serán amablemente despedidos con la excusa de que el señor presidente se ha sentido repentinamente indispuesto, y que en otra ocasión serán requeridos.

—¿Y los senadores, militares y demás personajes que han sido concentrados en la Casa Blanca?

—Bueno —sonrió astutamente Brigitte Montfort—, a todos esos caballeros no les irá mal seguir discutiendo un par de horas más con Puerto Rico. Sólo que, claro, siempre en privado y bajo la dirección del señor Ford que ha sido no sólo inteligente, sino valiente al aceptar esta jugada.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —masculló otro Simón—. O le seguía el juego a usted o un proyectil atómico podía ser disparado en cualquier momento contra la Casa Blanca o contra cualquier otro objetivo.

—Lo que yo me pregunto —intervino el tercer agente de la CIA — es si esto no volverá a ocurrir.

—Espetemos que no —dijo Baby—, porque ahora mismo nos vamos a ocupar de Orson De Watt y no va a tener más remedio que delatar a todos los que están implicados en este frustrado atentado contra el 1600 de Pennsylvania Avenue.

En la Bahía de Chesapeake, ya lejos de Washington, pero lo bastante cerca para ver el hongo que se formaría con la explosión atómica en la Casa Blanca, que sería signo del principio de una nueva era política de Estados Unidos de América, Orson De Watt tomaba un *whisky* con hielo mientras esperaba, ante el televisor, que el programa normal fuese interrumpido para dar paso al que ningún norteamericano esperaba.

Y poco después de que ese «programa» sorpresa hubiese sido lanzado al aire, cuando ya todo el país hubiese comprendido que la cuestión se refería a los portorriqueños, el proyectil sería disparado desde el *Sainte Mary*…

Sí. El principio de una nueva era política… y económica. Era ya tiempo de que el país cambiase de amos. Siempre los mismos

resultaba ya irritante. Después de la explosión, los que siempre habían gobernado y disfrutado de las riquezas del país, habrían muerto: tanto ellos como sus favorecidos o amos, habrían perdido la partida. Todo cambiaría. Nuevo presidente, nuevos senadores, huevos generales… El país cambiaría de dueño. El nuevo dueño no sería mejor que el anterior. Sólo… diferente. Un dueño que había estado postergado siempre bajo los dictados de quienes, una vez en el poder, sólo lo abandonaban para ir dejándolo en manos de sus amigos… En el fondo, sí, siempre lo mismo. Y eso, tenía que cambiar.

¿Cuál sería su nuevo puesto? ¿Qué gran destino le tocaría cumplir a él? ¿Cuántas riquezas podría acumular? ¿Cuánto poder llegaría a ostentar? ¿Cuánto…?

Y de pronto, Orson De Watt se dio cuenta de que había estado tan absorto en sus pensamientos de grandeza, poder y riqueza, que ni siquiera veía el programa normal de televisión, ni se había dado cuenta de que su yate se había detenido… ¿Qué ocurría? Nada que pudiese inquietarle, desde luego; y por otra parte, lo tenía todo previsto. Aunque nada podía fallar ya, él siempre lo tenía previsto todo, todo, todo…

Se puso en pie y miró por el ventanal corrido a nivel de la cubierta de su yate. Primero vio unos blancos pantalones impecablemente planchados. Luego, más allá, la lancha de la U. S. Coast Guard. Un guardacostas… ¿Qué quería el oficial de la lancha guardacostas?

Se inclinó y se agachó un poco, y vio al capitán de su yate charlando con el oficial de la lancha. Pero había más personas. Había dos hombres de paisano, altos, atléticos, de mirada fría y serena. Y una mujer, que Orson De Watt reconoció en seguida, palideciendo.

¿Cómo era posible que Brigitte Montfort estuviese allí, si él sabía que estaba en la Casa Blanca, acompañando a aquel cretino de Lope Borrero?

Orson de Watt tardó todavía algunos segundos en comprenderlo. Pero aún tuvo tiempo de demostrar que lo tenía previsto todo, realmente: cuando la señorita Montfort y aquellos dos caballeros de mirada fría y serena entraron en el saloncito del yate, Orson de Watt ya había roto entre sus dientes la cápsula de cianuro, y

mientras la espumilla verdosa resbalaba por su boca, sus ojos parecían mirar a la mujer que, según sus planes, debía estar en aquellos momentos en el 1600 de Pennsylvania Avenue…

Este es el final

Lope Borrero se sentó junto a la señorita Montfort, en el asiento delantero del «Cadillac», y movió la cabeza con un gesto entre admirado y desconcertado.

—Las cosas no son tan fáciles como parece, ¿verdad? —preguntó Brigitte.

—No… Yo creía que todo era un simple problema de autoridad presidencial y…, no. Hay siempre muchos problemas de por medio, hasta en las cosas que parecen más sencillas. De todos modos, el señor Ford ha sido sumamente amable y comprensivo conmigo.

—¿Le ha prometido algo? —sonrió enigmáticamente Brigitte.

—¿Prometerme…? No. Realmente, no. Pero nos hemos comprendido bien, y estoy seguro de que es un hombre que se ocupará de este asunto con gran interés. En cuando llegue a Nueva York, saldré para Puerto Rico, y espero hacer entrar en razón a ciertos elementos que están preparando cosas desagradables.

—Es bien de todos, espero que lo consiga, señor Borrero.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que sus amigos José, Luis Aurelio, Andrés, Ramón y Amadeo tienen la lengua muy larga, y que en estos momentos la CIA sabe ya quiénes son esos hombres que pueden provocar disturbios en Puerto Rico.

—¿Los han detenido? —palideció Puerto Rico.

—No. Le voy a pedir un favor, Lope: no me mencione nunca, pero dígales a sus amigos que si no le hacen caso a usted la CIA los someterá a un control tan riguroso que no podrán hacer nada. Pídales a todos que sepan esperar y tener esperanza. Usted ha dado el primer paso. ¿Por qué no esperar que las cosas vayan mejorando? Por mucho que tarde eso, siempre es mejor que organizar una revuelta con miles de muertos… ¿No le parece?

—¿Y si nunca llega esa mejoría?

—Llegará… —aseguró Brigitte *Baby* Montfort—. ¿Le ha gustado el té con que nos ha obsequiado la señora Ford?

—Sí… —Lope Borrero parpadeó—. Es una dama amable, ¿verdad? Y el señor Ford también. Los dos son amables.

—Es su obligación —dijo Brigitte Montfort—. A fin de cuentas, se deben a nosotros, porque somos nosotros quienes los hemos instalado en esta Casa.

Y diciendo esto, la señorita Montfort condujo su «Cadillac» hacia la salida del 1600 de Pennsylvania Avenue.

FIN